

Año VI.-Tomo VI.

Madrid, 15 Enero 1904.

Núm. 134.

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

Herbert Spencer, Pedro Kropotkine. — Los dioses se han ido, Laurent Tailhade. — Valor social de leyes y autoridades (continuación), Pedro Dorado. — El castillo maldito (continuación), Federico Urales. — El individualismo stirneriano en el movimiento anárquico, Luis Fabbri. — Lujo, Ciencia y Artes en la anarquía, Alfredo Naquet — La sociedad porárida, C. Malato. — Crónica científica, Tarrida del Marmol.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1
MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 134

Administración: Cristóbal Bordin, 1, Madrid

15 de Enero de 1904

HERBERT SPENCER

SU FILOSOFÍA

I

Herbert Spencer, nacido en 1820 y muerto el 8 de Diciembre último, formaba parte de aquel brillante grupo de sabios al que pertenecían en Inglaterra Darwin, Huxley, Lyell, John S. Mill, Bain, etc., y que contribuyó tan poderosamente al glorioso despertar de las ciencias naturales y al triunfo del método inductivo en los últimos sesenta años del siglo XIX. Spencer está ligado, de otra parte, á los radicales, tales como Carlyle, Ruskin, Jorge Eliot, quienes bajo la doble influencia de Roberto Owen, de los fourieristas y de los sansimonianos, así como del radicalismo político de los «Cartistas», imprimieron un carácter radical, ligeramente mezclado de socialismo, al movimiento de las ideas en Inglaterra, durante los años 1860-1870.

Spencer empezó como ingeniero de ferrocarriles; después como escritor economista; por entonces (1848-1852) fué cuando trabó amistad con el fisiólogo Jorge Lewes y su compañera, la autora de *Felix Holt*, *Adam Bede* y otras novelas radicales, que escribió con el pseudónimo de Jorge Eliot. Esta mujer notable, á la que la hipocresía inglesa no ha perdonado el que se desposara abiertamente con Lewes, sin haber dado parte á la Iglesia ó al Estado, ejerció sobre Spencer una profunda influencia.

Escribió entonces (1850) su mejor obra, *La Estática social ó las condiciones esenciales para la felicidad humana especificadas y las primeras de ellas analizadas*.

En aquella época, no tenía aún el respeto absoluto á la propiedad burguesa y el desprecio hacia los vencidos en la lucha por la existencia, que se observa en sus obras posteriores, y se pronunciaba abiertamente por la nacionalización del suelo. Hay un soplo de idealismo en la *Estática social*.

Cierto es que Spencer no aceptó jamás el socialismo de Estado de Luis Blanc ó el colectivismo estadista de Pecqueur y de sus continuadores alemanes. Había desarrollado ya sus ideas antigubernamentales en 1842, bajo este título: *La esfera propia del gobierno*. Pero reconocía que el suelo debía pertenecer á la nación, y se encuentran en la *Estática social* pasajes en los que se siente el soplo del comunismo.

Más adelante revisó la obra y atenuó tales pasajes. Sin embargo, le quedó siempre la protesta contra los acaparadores del suelo, así como contra toda clase de opresión económica, política, intelectual ó religiosa. Protestó siempre contra la política «sin principios» de los reaccionarios. Cuando la última guerra con Africa, se declaró abiertamente contra la opresión de los ingleses, y recientemente aún combatió el proteccionismo del aventurero Chamberlain. Toda su vida rechazó los títulos de nobleza y los «ciatajos» que

le ofrecían, y si una Universidad le enviaba un diploma de honor, ni siquiera le acusaba recibo.

Por esto fué por lo que los «grandes» hicieron siempre el silencio alrededor de Spencer.

••

El servicio principal de Spencer no está, sin embargo, en su *Estática social*. Su *Filosofía sintética* es la que puede ser considerada como la obra filosófica del siglo XIX.

Los filósofos del siglo XVIII, y sobre todo los enciclopedistas, habían ya tratado de construir una filosofía sintética del universo. Un resumen de todo lo que es esencial en nuestros conocimientos sobre la Naturaleza y el hombre; sobre los planetas y las estrellas, sobre las fuerzas físicas y químicas (ó más bien los *movimientos* físicos y químicos de las moléculas), sobre los hechos de la vida vegetal y animal, sobre la psicología, la vida de las sociedades humanas, el desarrollo de sus ideas, de su ideal moral. Un *Cuadro de la Naturaleza*, como Holbach había intentado hacerle, desde la piedra que cae hasta el sueño del poeta, entendido todo como un hecho material.

Más adelante Augusto Comte emprendió la misma obra. Trató de construir una *filosofía positiva*, que debía resumir los hechos esenciales de nuestros conocimientos sobre la Naturaleza, sin ninguna intervención de los dioses, de fuerzas ocultas ó de *palabras metafísicas*, haciendo una alusión velada á las fuerzas sobrenaturales.

La filosofía positiva de Comte, digan lo que quieran los alemanes y los ingleses, que se imaginan ó pretenden no haber experimentado sus efectos, esa filosofía imprimió su sello á todo el pensamiento del siglo XIX. Ella fué la que provocó el gran despertar de las ciencias naturales, de que hemos hablado en la *Ciencia moderna y la Anarquía*. Ella también la que inspiró á Mill, Huxley, etc., y dió á Spencer la idea de edificar su filosofía sintética.

Pero la filosofía de Comte—sin hablar de su error fundamental religioso, del que hemos hablado en el opúsculo que acaba de ser citado—ofrece una formidable laguna. Comte no era naturalista. La zoología y la botánica le eran extrañas. Negaba la variabilidad de las especies. Y esto le impedía evidentemente conocer la *evolución*, el *desarrollo*, tales como los comprendemos hoy.

••

Ya en 1801, el gran naturalista Lamarck, dando un paso adelante sobre las ideas de Buffon, afirmó que las diferentes especies de plantas y animales que pueblan hoy la tierra, se habían desarrollado gradualmente; que provenían de otras especies de plantas y animales que, bajo la influencia del medio que habitaban, habían ido adquiriendo nuevas y nuevas formas. En un clima muy seco, en donde la evaporación es muy grande, cambiará la piel de las hojas; la hoja misma desaparecerá para dar origen á un pincho duro y seco. Un animal que se vea obligado á recorrer desiertos adquirirá, poco á poco, proporciones más ligeras que el animal que viva hundido en el barro de las lagunas. Todo cambia, continuamente, en la naturaleza; las formas no son permanentes, y las plantas, lo mismo que los animales que encontramos hoy, son el producto de una *lenta adaptación* á condiciones que, á su vez, están cambiando siempre.

••

Pero la reacción que se entronizó después de la gran Revolución, fué tal; que las ideas de Lamarck fueron olvidadas, arrinconadas. La metafísica alemana dominaba

entonces y al mismo tiempo que el culto de la monarquía, restauraba el dios hebreo y el alma inmortal, partícula de aquel dios.

Sin embargo, la idea del *desarrollo natural* de la evolución hacía camino. Si nuestro sistema de planetas y nuestro sol son producto de un lento desarrollo—como ya lo habían demostrado Laplace y Kant—las masas de materia nebulosa que vemos en el cielo estrellado, ¿no representan también mundos en vías de formación?

¿No es el universo un mundo de sistemas solares, siempre en vías de formación, que siempre está empezando hasta el infinito? Si Buffon y Lamarck habían ya adivinado que el león, el tigre, la jirafa se encuentran tan bien adaptados á los medios que habitan porque esos medios les han hecho tales como son—los hechos que se acumulaban de todas partes á principios del siglo, por los viajes lejanos, aportaban cada día nuevas pruebas en apoyo de la variabilidad de las especies.

El transformismo y, por lo tanto, el *desarrollo*, incesantemente renovado, de nuevas especies, se imponían. Al mismo tiempo, la geología asentaba que habían transcurrido millares de siglos antes de que los primeros peces, después los primeros lagartos, después los primeros pájaros, luego los mamíferos, y por fin, el hombre, hubiesen hecho su aparición en la tierra. Estas ideas se esparcieron mucho desde la primera mitad del siglo XIX—solamente que no se atrevían aún á afirmarlas á la luz del día. Hasta en 1840, cuando Chambers los puso como sistema en su libro *Vestigios de la Creación*, que hizo tanto ruido, no se atrevió á confesar su nombre y ocultó tan bien su identidad, que durante cuarenta años, no se pudo descubrir quién era el autor del libro.

Así es, que, cuando los metafísicos nos dicen hoy que fué Hegel quien descubrió, ó popularizó solamente, la idea de *cambio*, de *evolución*—esos señores prueban únicamente que la historia de las ciencias naturales les es tan desconocida como el alfabeto mismo de esas ciencias y su método.

••

La idea de evolución se imponía en todos los terrenos. Era, pues, absolutamente necesario aplicarla á la interpretación de todo el sistema de la Naturaleza, así como á las instituciones humanas, á las religiones, á las ideas morales. Era preciso—conservando la idea madre de la filosofía positiva de Augusto Comte—extenderla de manera que comprendiera el conjunto de todo lo que vive y se desarrolla en la tierra. A esto se consagró Spencer.

••

Como Darwin, era, por su salud, un «débil». Pero, sometién dose rigurosamente á una determinada higiene física é intelectual, economizando sus fuerzas, logró terminar tan formidable trabajo.

Escribió, en efecto, un sistema de filosofía sintética completo, que comprende, primero, las fuerzas físicas y químicas; después la vida de los soles innumerables en vías de formación, ó en vías de decadencia, que pueblan el universo; luego la evolución de nuestro sistema solar y de nuestro planeta. Esto forma los *Primeros Principios*.

Viene en seguida la evolución de los seres que viven en nuestro globo, tratada en los *Principios de Biología*. Es una obra muy técnica, en la cual Spencer ha puesto mucho trabajo original y en el que demuestra cómo por la acción de las fuerzas químicas ha debido aparecer la vida en nuestro globo; cómo empezando por pequeños amontonamientos de células microscópicas, ha podido desarrollarse gradualmente toda la inmensa variedad de plantas y animales, desde los más sencillos á los más complejos. Como re-

sumen de una parte de esta admirable obra, se puede tomar el delicioso librito de Ed. Perrier, *Las colonias animales*, escrito en estilo popular. Aquí, Spencer se adelantó en parte á Darwin, y si se hallaba lejos de poseer los conocimientos que poseía Darwin y de haber profundizado cada cuestión como lo hiciera el segundo, llegaba en cambio á veces á puntos de vista de conjunto más amplios y más precisos, que se escapaban á su gran contemporáneo y maestro.

Según Spencer, las nuevas especies de plantas y animales toman su origen, *desde luego*, como dijo Lamarck, en la influencia directa del medio sobre los individuos. Llamaba á esto *la adaptación directa*. Después, las nuevas variaciones, producidas ya por la sequía, ya por la humedad, por lo frío ó lo caluroso del clima, por la clase de alimento, etc., etc.,—si tienen bastante importancia para ser útiles en la lucha por la existencia—, permitirán á los individuos que las posean y que, por consiguiente, sean los mejor adaptados, el sobrevivir y dejar una progenie más sana. Esto es, la supervivencia de los mejor adaptados, de Darwin, que designaba Spencer como *la adaptación indirecta*.

Este *doble* origen de las especies es también la manera de ver que prevalece hoy en la ciencia. El mismo Darwin se apresuró á aceptarla.

La siguiente parte de la filosofía de Spencer, es los *Principios de Psicología*. Aquí se pone por completo en el punto de vista materialista. No pronuncia la palabra materialismo. Pero, como Bain, se despidió definitivamente de toda metafísica, del alma y de lo demás. Echa las bases de la psicología materialista.

En seguida nos da los *Principios de Sociología*—los fundamentos de la ciencia de las sociedades, basados, como lo había visto Comte, sobre el gradual desenvolvimiento de los usos y de las instituciones.

Y por último, nos da los *Principios de la Ética*, es decir, la Moral. Dos partes de esta última división—*La moral evolucionista* y *Justicia*—son bastante bien conocidas en Francia.

De esta suerte tenemos completo el sistema de la filosofía evolucionista.

Pedro Kropotkine.

(Continuad.)

Los dioses se han ido.

Cuando Prometeo fué encadenado sobre el suelo generador del hierro, en las cimas del Cáucaso, con cadenas de bronce y clavos de diamante; cuando los esclavos de Zeus, la Fuerza, la Violencia y el pérfido Mercurio hubieron agotado sobre el mártir las más despiadadas sevicias y los ultrajes más serviciales; cuando se vió abandonado del vil Océano y la desdichada Io, víctima errante del perseguido celeste, hubo bramado su lamento eterno cerca de la roca donde guardaba silencio el gran crucificado, mientras silbaba el rayo y retumbaban los truenos, cerniéndose sobre él con enroquecidos rumores, y el perro alado de Zeus, el águila carnívora devoraba despiadadamente su hígado, el castigado titán por haber tenido piedad de los Efímeros se enderezó, y por encima de la tempestad enemiga, de los fulgores del huracán y del horriblo rumor de los ríos desbordados, lanzó contra el Olimpo un grito sublime de rebelión y de odio.

Prometeo es la industria humana, es el pensamiento; el arte y la ciencia que encierran en sus cavernas, en sus bosques sagrados, en sus templos, en sus iglesias y en sus cátedras los dioses engañadores, los dioses sanguinarios, los dioses ladrones, eternos enemigos del Hombre, de la Justicia y de la Belleza.

Esperando libertarse á sí mismo, Prometeo nos ha emancipado.

En el orden cósmico, él es quien, de un hachazo, abre bajo su corona de nubes la tenebrosa frente de Zeus, el aire cargado de lluvia. Su audacia hizo temblar á Athenea, el éter inmarcesible, el azul que, á través y por encima de las tempestades y cataclismos, conserva la serenidad límpida y la pacificadora calma de la luz inmortal.

Athenea es el ultramar del cielo, el castísimo azul de las mañanas de primavera. Es también la diosa de la razón que guía al navegante, que inspira al poeta, alecciona al artista, educa al orador y que funda la ciudad. Con su esperta mirada atisba las tinieblas y, sobre el mar jamás calmo, paraliza el disturbio de las borrascas y la demencia de las olas.

Muestra también ante la conciencia humana la iniquidad de los dioses. Ella hizo absolver por el arcópago, en nombre de un principio superior, á Orestes manchado todavía por la sangre de las venas de su madre. «Previsora» como el que la engendrara, estatuye las leyes eternas de los pueblos civilizados, el derecho, la equidad santa que permite desafiar al tirano, afrontar los suplicios, el escarnio de los miserables, los sanos consejos de las personas prudentes y abofetear á Dios.

Ella también, más tarde, en las sombrías cuevas de Maguncia, en medio de los tórculos informes y de los toscos caracteres de Fausto y Gutenberg, inspira el soplo del Renacimiento, y produce, al declinar la Edad Media, la imprenta victoriosa, la imprenta antagonista de las supersticiones y de las bajezas de la fe, la imprenta que derrumba los dogmas, las creencias, las morales, todo el envejecido edificio de los hombres oscuros, y que funde el granito de las catedrales, como se funden, en el mes de Mayo, los hielos del invierno.

Fuera de lo justo, nada es divino. Tal es la frase que Sócrates pensó ante la colina de Arés fijando sus ojos en la diosa que lleva la égida y el mochuelo clarividente que dis-cierne en las tinieblas á todo el malhechor que se oculta.

Nada más que lo justo es lo divino. Es la frase de Epicteto, de Juan Huss, de Vanini, de todos los confesores de la luz y de la libertad. Es la frase de nuestros mártires y de nuestros santos.

Los beneficios de Prometeo no se limitan á emancipar la luz y barrer el firmamento. Este revelador magnánimo del día sereno entrega al hombre el fuego, maestro de las artes; el fuego, primer agente de la industria. Por un sacrilegio bienhechor—y todo sacrilegio merece tal adjetivo, por el sólo hecho de ser sacrilegio—él hurta á la envidia de los dioses la chispa bendita con que ha de alumbrarse el hogar humano. Herrero, alfarero, constructor, tejedor, organiza la defensa del hombre, segundo hijo de los titanes, contra los meteoros. Después, preparada la tierra y fundado el derecho, sobre la arcilla que amorosamente ha modelado su mano, imprime la forma ligera de una mariposa; Psiquis, la inteligencia lúcida y pura, Psiquis que revuela entre las flores del conocimiento y en el aire libre del amar.

El hombre ya no tiene miedo á los fantasmas. Ya no teme á su propia sombra, ni le asusta el eco de su voz. «El rebaño se ha burlado de los dioses», ha dispersado á los moradores del Olimpo y ha hecho la luz en el Tártaro. Vuelve á vomitar las deidades creadas

á su imagen. Y por un esfuerzo supremo, se libra finalmente del dios cruel y tiránico, del dios cazarro, heredero de todo el oprobio divino. Jesús presta á Mammon su rostro de dulzura carnera, de tontería degradada y su obediencia ignominiosa.

Tabernáculo ó arca de caudales, el hombre emancipado alcanzará á los dioses en el propio fondo de su santuario, desgarrará los velos y romperá las arcas donde ocultan los poderes malévolos que le han sojuzgado durante mucho tiempo. Seguirá á esos miserables dioses como á inmundos jabalíes á través de bosques llenos de terror y de excrementos, hasta dar con su estercolero secular para desemboscarlos por siempre y purificar á los rayos del sol sus nauseabundas pocilgas.

La llama que alumbra la hoguera de Hércules, el carbón incandescente que su hermano Prometeo lleva en la antorcha sonora, han destruído para siempre el mundo extra-sensible. El dinero había domesticado á los sacerdotes y á sus ídolos; nosotros reconquistaremos el dinero, pondremos á buen recaudo los ídolos, y escupiremos nuestro desprecio sobre la faz oscura y horrible del sacerdote.

La riqueza que, estancada, engendra mil males como una onda corrompida donde fermentan los instintos sórdidos, los vicios y los crímenes, la riqueza reconquistada y libre, extenderá sus dones sobre la tierra fecunda. Y en lugar del lodazal pestilente, ó del hélero impiacable, el río extenderá entre las verdes hierbas y las tiernas mieses, sus sonrientes aguas.

En fuga lo sobrehumano, la miseria desaparecerá en seguida. El sacerdote, el soldado, todos los hombres mantenidos, los ladrones de salarios, los inútiles y malhechores desaparecerán al mismo tiempo, como aquellos que panifican lo absoluto bajo panes sellados, y los que huronean por las ciudades con la insolencia de afortunados rufianes.

Los que visten faldas y los que llevan cota, tendrán que recoger para siempre su puesto en la estima pública, muy por debajo del tahir, del *leno* y del ladrón de caminos.

La amenaza de Prometeo se cumplirá también. ¡Oh, vosotros! jóvenes, vigorosos heraldos de la revolución internacional, que habéis de romper la infamante cadena de las religiones y de las patrias; á los que os hablen de un mentido ideal, contestad que el único deber es amar, vivir y ser bueno. A los que hablen de una bandera, mostradles las manchas de lodo y sangre que han ensuciado á esa loca mentira.

Trabajad, como decía Marco Aurelio. Trabajad en perfeccionar la obra de Prometeo: en llevar un poco de demencia á las moradas del hombre, en multiplicar alrededor de su vida pasajera, esos frutos de dulzura y belleza que lleva la generosa Anarquía en sus manos reparadoras: la verdad, la justicia, el bien, la independencia y la luz, la misericordia y el perdón.

Laurent Tailhade.

VALOR SOCIAL DE LEYES Y AUTORIDADES

La ley y la Autoridad en los grupos compuestos.

21. *Efectos sociales de la superposición de grupos.*—En los grupos compuestos, producto de la aproximación y dominación de una tribu ó unidad social sobre otra, el proceso de formación de la ley es distinto que en los grupos simples, aunque el resultado á que se llega sea muy análogo (1).

(1) Cumpleser caso que si el Estado, si por consecuencia, el derecho (ya que para él no hay derecho sino en el Estado), han podido existir, sino desde el momento que una tribu ha caído sobre otra, sometidaola. (Véanse sus diferentes obras, prin-

Verificada la sumisión de una tribu ó unidad social, por otra que ha sabido vencerla en la guerra, la tribu dominadora pone en práctica cuantos medios le sugiere su astucia para tener bien sumisa á la vencida y explotarla en su beneficio. La tribu vencida conserva su propio derecho y buena parte de su organización: aquel derecho y aquella organización que tenía antes de su esclavitud; conserva el culto de sus antepasados, conserva su sustantividad interior (1); pero al lado de este derecho surge otro, impuesto por los vencedores y que representa la voluntad de éstos, la serie de medios que estiman oportunos para conservar y asegurar su dominación sobre los vencidos. El derecho interno comienza á perder terreno, porque la nueva situación creada relaja inevitablemente los vínculos entre los individuos á que aquél se extendía, y en cambio se van anudando muchos otros entre los diferentes miembros del nuevo Estado, entre vencedores y vencidos. El número de relaciones reguladas por el derecho externo, es decir, por el que imponen los dominadores, es cada vez mayor (2); su horizonte gana tanto cuanto pierde el del derecho interno, el creado por los vencidos antes de caer en esta situación; y como el referido derecho externo traduce la voluntad de los dominadores, la orden de arriba, y se amenaza con castigos duros á los que contravengan á ella, bien pronto se origina, por la habituación, la idea de que lo bueno y lo justo es lo que está mandado, y lo malo é injusto lo que está prohibido. Añádase que quienes tienen el poder en sus manos se hacen pasar, y hasta acaso se toman ellos mismos, por representantes y órganos de la divinidad, y que agregan á la amenaza de la sanción terrestre la amenaza de la sanción religiosa (3);

cialmente el *Derecho político filosófico*, trad. esp. (2.ª ed., *Derecho político general*), la *Lucha de razas*, *Sociología y política* y *Ensayos sociológicos*). Más exacto me parece lo que afirma Vaccaro, á saber: que la superposición de un grupo sobre otro no hace más que dar un nuevo y más amplio impulso al desarrollo del derecho y del Estado, los cuales *existían ya* (*Le basi del diritto e dello Stato*, p. 362, nota.) Véanse también mis *Notas* á la traducción española del citado *Derecho político filosófico*, de Gumpłowicz; Vauni, ob. cit., pp. 67 y sigs., y Labriola, ob. cit. p. 146 y sigs., etc.)

(1) Algo así como lo que sucede con cada uno de los Estados particulares ó miembros de un Estado federal, ó con ciertas colonias de algunos pueblos modernos, á las que, después de la conquista, se les ha permitido continuar rigiéndose por sus propias leyes, costumbres, autoridades, etc. Recuerdese como ésta fue también la conducta de Roma con muchos pueblos, en sus guerras de conquista; cómo, en los comienzos de la vida de tal organismo político, cada *gens*, cada tribu, y aun cada familia, tenía su privativo, impenetrable derecho interno, junto al derecho externo, común á todos los miembros de la comunidad política (precisamente ésto fué el motivo de la distinción entre el derecho privado y el público: Véase Costa, *Teoría del hecho jurídico*, Madrid, 1880, § 10, p. 76 y sig.); cómo los germanos al caer sobre el Imperio romano, respetaron así bien las leyes y costumbres de los vencidos, dando esto lugar á la llamada legislación doble ó de razas (por lo que toca á España, véase Costa, *Estudios ibéricos*, Madrid, 1891-1893, principalmente, p. I-VII), cómo, en fin, la generalidad de los pueblos conquistadores ha seguido análoga conducta. A esto y á la resistencia que oponen los usos y hábitos muy arraigados á dejarse borrar por la violencia, se debe, probablemente, el que, por ejemplo, en España se haya perpetuado hasta nuestros mismos días gran parte de la primitiva vida jurídica de los iberos, no obstante haber pasado por aquí tantas denominaciones extrañas que en otro caso la hubieran ahogado. (Véase sobre esto mi *Contribución*, etc.)

(2) La fuerza produce situaciones de hecho que, al cabo de tiempo, se tornan habituales y consuetudinarias. Aun cuando expresas, parcialmente, una gran verdad, no me parece que puedan aprobarse sin reservas y atenuaciones estas palabras de Torres Labriola: «La verdadera violencia, por lo mismo que se baila muy en oposición con las condiciones reales y con el estado psíquico de los que la sufren, no puede ser sino un momento transitorio en la formación del derecho. Las relaciones sociales mismas se rebelan contra una prescripción legislativa que, en vez de ser el continente de ellas, tienda á combatirlas y destruir las. La conciencia de los vencidos se opone á ella.» (O.S. cit., p. 147.) Mis acerca las cosas, á mi juicio, las siguientes, que poco después escribe la misma autora: «Me inclino á creer que, á lo menos en aquellos casos en los cuales el grupo de los dominadores no sea numérica y socialmente muy superior al de los vencidos, es probable que las costumbres jurídicas de éstos sigan en curso natural, hasta que, en un período posterior, concurren á formar el derecho de los vencedores, el edificio jurídico de la unión aquella de diversos grupos étnicos que han ido poco á poco fundiéndose para formar un pueblo.» (Ibid.)

(3) Las cuidadosas investigaciones que se han hecho en estos últimos tiempos respecto á los orígenes de la sociedad y de las instituciones sociales han dado por resultado encasillar en el derecho primitivo dos caracteres que á primera vista parecen contradictorios entre sí. Por un lado, el derecho primitivo se halla dominado muy fuertemente por la fuerza y la violencia, y en todos sus puntos se reflejan las brutales pasiones del hombre primitivo. Pero, por otro lado, se ofrece circundado de una aureola religiosa que le otorga reverencia y respeto; es promulgado como una *palabra divina*, como un *Fas misterioso de una aureola natural*, hasta que, en un período posterior, concurren á formar el derecho de los vencedores, el edificio jurídico de la unión aquella de diversos grupos étnicos que han ido poco á poco fundiéndose para formar un pueblo.

con lo que se fortalece más y más la creencia dicha de que la justicia es cosa que arranca del beneplácito del gobernante y que sólo él puede dispensar, por que sólo él es el depositario de la voluntad de los dioses, el que conoce los deseos de éstos.

Puestas las cosas de este modo, la clase de los dominadores se arrogó el monopolio del derecho, y sólo ella era la que pretendía poseer el conocimiento de éste. «El derecho revistió forma aristocrática. Las clases superiores no querían mostrar al pueblo que el derecho era para ellas una serie de privilegios y deprimía la autoridad de la conciencia de las masas» (1). Por eso, v. g., en Roma, las ritualidades que acompañaban al derecho primitivo solamente eran conocidas de los patricios, los cuales tenían de esta suerte un arma poderosa de dominación sobre los plebeyos, ciudadanos de inferior derecho.

22. **La ley, instrumento de progreso.**—Pero las clases ó castas inferiores, el conjunto de individuos pertenecientes á la tribu dominada, aquellos que soportan las consecuencias de la privilegiada situación de los dominadores, adquieren poco á poco conciencia de su fuerza; por otra parte, una vez adaptados hasta cierto punto al nuevo ambiente de sujeción producido por la conquista, comienzan á darse cuenta de la insuficiencia de éste para satisfacer sus necesidades, de lo pequeño que es el círculo de acción del derecho que en sus contiendas con los dominadores han podido conocer, del lugar preeminente que éstos ocupan y de la imposibilidad de conseguir un mejor estado, como no dispongan de más medios que al presente. Entonces comienzan una lucha (que Ihering, y otros con él, califican de *lucha por el derecho*), encaminada á lograr que el ambiente social y las condiciones de la vida se modifiquen; lucha que no cesa, hasta tanto que la modificación adquiera consistencia y garantía en un documento legal público, conocido de todos y para todos igual. Ejemplo bien elocuente de ello nos ofrece la continuada lucha de los plebeyos contra los patricios en Roma (2) y la publicación del Código de las Doce Tabas, cuyo valor «no consiste precisamente en nada que implique una clasificación simétrica, ó pureza y claridad en la expresión, sino en la publicidad, en el conocimiento dado á todos los ciudadanos de lo que se debía y de lo que no se debía hacer» (3). A partir de este momento, los oprimidos no cesan en su persistente protesta contra la desigualdad, y van logrando toda una serie de concesiones, que representan otras tantas conquistas del derecho terrestre, humano, contra la prepotencia, y que hallan su más firme garantía en la ley. En tal concepto, ésta es un verdadero instrumento de progreso; y aun el instrumento más adecuado.

mente en sus más pequeños detalles. Mientras, bajo un aspecto, es el resultado de las necesidades naturales, bajo otro es el dictado de una autoridad sobrenatural y divina, y parece confirmar la descripción de los antiguos romanos, para los cuales el derecho era una cosa humana y divina al mismo tiempo, un *ius* y un *fas*, un mandado positivo y una revelación de la divinidad, una fuerza que subyugaba y una religión cuyos misterios no debían ser penetrados por el vulgo.» (Corti, *La vita del diritto nel suoi rapporti colla vita sociale*, Turin, 1830, pp. 35 y 36. De esta obra hay una traducción española en dos volúmenes, Madrid, 1891). Por eso han sido, quizá, los sacerdotes, según queda dicho, sus primeros depositarios é intérpretes.

(1) Vadalá-Papale, *Ob. cit.*, p. 15.

(2) «La historia del pueblo de Roma fué por espacio de siglos una lucha entre patricios y plebeyos, es decir, entre aquellos que formaban parte de las *gentes* dominadoras y aquellos otros que no pertenecían á tales *gentes*, pero que tendían á que se les equiparase á los patricios, tanto en los derechos públicos como en los privados.» (Labriola, *ob. cit.*, p. 199.)

(3) Vadalá, *ob. cit.*, p. 28.—El mismo significado puede decirse que han tenido, sobre todo en su origen, las constituciones modernas, y en general todos los códigos (penales, procesales, etc.) promulgados en los diferentes países desde la Revolución francesa en adelante. En estos mismos siglos vivimos la *Carta Magna* inglesa y los privilegios que en Aragón y en otros sitios legamos, según los casos, los nobles, el clero, las ciudades, el estado llano, amarrar á los poderosos, consignándolo⁹ por escrito para que no pudiesen violados en lo sucesivo aquellos mismos que se veían obligados por la fuerza á concedérselos. Igual significado tiene también la moderna legislación social y obrera, que en el fondo —y aun cuando á veces aparezca otra cosa— responde no más que á la llamada «lucha de clases», y, por lo tanto, es una satisfacción al gran poder que han ido adquiriendo gradualmente los trabajadores frente á los capitalistas y patronos.

La ley, ahora ya «no es una tradición santa, *mos*; es un simple texto, *lex*; y como quien la ha hecho es la voluntad de los hombres, la voluntad puede cambiarla. Además, la ley, que era antes una parte de la religión y el patrimonio de las familias sagradas, fué luego la propiedad común de todos los ciudadanos» (1). El contenido de ella, de la ley, lo formaron principalmente las costumbres mismas que en el pueblo venían rigiendo y que gobernaban su vida (2); mas ni estas costumbres tenían ya el sello religioso que tuvieron antes, cuando se creía que representaban la voluntad de los antepasados, ni fueron costumbres invariables, sino, por el contrario, costumbres que se estaban modificando á la continua. El elemento humano, popular, del derecho, empieza de este modo á adquirir gran empuje; los antiguos dominados van poco á poco sacudiendo su estado de servidumbre, adquiriendo posiciones, conquistando prerrogativas que antes les estaban negadas y que únicamente correspondían á la clase privilegiada, hasta participando en la función legislativa y en el gobierno (3); lo que hoy llamamos, con la escuela histórica, «conciencia nacional», comienza á tomar consistencia, á constituirse en creadora única de las costumbres nuevas, que van paulatinamente echando por tierra la ley vieja, á engendrar órganos encargados de recoger cuantas necesidades vayan apareciendo y de darles satisfacción (4).

23. **Alternativas rítmicas.**—Mas este proceso, como todos, no sigue constantemente una dirección invariable en el mismo sentido; es un proceso que se verifica de un modo rítmico. Los elementos sociales que fueron antes subyugados, á quienes se les arrancaron sus privilegios, aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para rehacerse y readquirirlos, sino en su totalidad, por lo menos en parte; los entusiastas combatientes de otros días, en cambio, luego de conseguir sus aspiraciones, empiezan á considerarse satisfechos con lo obtenido, y aun á perder su fe, porque las conquistas realizadas no les han producido todo el bienestar que esperaban de ellas; y así, conspirando ambos movimientos al mismo fin, viene á la postre á reproducirse, más ó menos modificada, la situación que ya estaba lejana y casi olvidada del todo, en la cual el derecho se identifica con la voluntad del soberano, y esta voluntad es la fuente única de la ley. La conciencia nacional ha enmudecido y *quod principi placuit legis habet vigorem*. Esta nueva situación, en que el derecho todo viene de arriba, en que el Estado se identifica con el soberano personal, en que las funciones públicas y las autoridades que las ejercen tienen todas en el sq-

(1) Fustel de Coulanges. *La cité antique*. lib. IV, cap. VIII, p. 365, citado por Vadala-Papale, ob. cit. p. 16.

(2) «Hay numerosas pruebas de que, en las ideas primitivas, los poderes legislativo y judicial no formaban más que uno solo, de que legislar no significa innovar en el derecho establecido. Hoy se reputa que el legislador innova siempre, y el juez busca. Antiguamente, por el contrario, no se consideraba que por fuerza había de innovar el legislador más que el juez; antes bien, aquí se limitaba en la mayoría de los casos á declarar el derecho ó la costumbre preexistente. No es posible determinar cuántas leyes nuevas entraron en la constitución de Solón, en las leyes de Alfredo y de Canuto ó en la Ley Sálica; pero todas las probabilidades hasta suponer que fueron muy pocas». (S. Maine, *Las instituciones primitivas*, trad. esp., p. 29.) «Las Doce Tablas se limitaron á formular por escrito las costumbres que existían en el pueblo romano.» (Vadala, ob. cit., p. 34.) «La pretendida ley de las Doce Tablas no es, según el profesor de Nápoles Héctor Pais, en su *Storia d'Italia dal tempi più antichi alla fine della guerra punica*, realmente, como la mayor parte de los códigos religiosos de la antigüedad, más que una recopilación consuetudinaria, una recopilación de la jurisprudencia sacerdotal, que condenaba todo trabajo jurídico del siglo IV» (Eduardo Lambert, *La tradición romana sobre la sucesión de formas del testamento, ante la historia comparada*, apud. «Revista de legislación», t. XCIX, 1901, p. 311.)

(3) Téngase presente, como ejemplo de ello, lo que aconteció en Roma en la secular contienda de clases, y de qué manera la plebe fué adquiriendo, por un movimiento constantemente progresivo, con el goce de los mismos derechos de los patricios y que antes sólo éstos disfrutaban (*comitium, commercium*, etc.), el ingreso en todas las magistraturas de la República. (Véase Mammeo, *Compendio del derecho público romano*, trad. esp.)

(4) Pontifes, tribunales, jurisconsultos, quienes elaboran, en representación del organismo social, de la conciencia nacional, todo un derecho nuevo, basante en el antiguo.

berano su fuente y están establecidas por voluntad y para servicio del soberano, es la que nos ofrecen el imperio romano y las mornaquías europeas de los siglos XV y posteriores. La venida de los bárbaros y la Revolución francesa significan, á su vez, en gran parte, una nueva reivindicación de la conciencia popular obscurecida y comprimida, y, por tanto, una parcial restauración del concepto del derecho, el Estado, la ley y las autoridades como instituciones humanas, mundanales y engendradas abajo.

Pedro Dorado.

EL CASTILLO MALDITO

CUADRO TERCERO

Decoración.

Representa una de las cuadras subterráneas del Castillo de Montjuich. Al foro cuatro ventanas guardadas por fuertes rejas de hierro; la derecha cerrada por un muro húmedo, delante del cual habrá cuatro camas; en medio del muro de la izquierda una puerta pequeña y vieja. Al levantarse el telón Callís y Molas estarán sentados en sus camas; Suñé se paseará de derecha á izquierda.

ESCENA VIII

Molas, Nogués, Suñé y Callís (se abre la puerta y aparece Nogués; al verlo entrar los demás, gritan: «Impresiones»).

NOGUÉS :

Buenas y malas.

MOLAS

Parece un juego de dados.

NOGUÉS

Buenas, porque he podido decir á mi defensor cuanto hemos sufrido.

CALLÍS

¡Por supuesto, que le habrás dicho que todos somos inocentes!

NOGUÉS

Y que habíamos firmado en blanco nuestras declaraciones.

MOLAS

Debías haber empezado por las malas, para que las últimas impresiones que recibiéramos fuesen las buenas.

SUÑÉ

Es igual; por eso tenemos raciocinio, para que cada uno individualmente...

MOLAS

Mira, Suñé, déjate de filosofías.

CALLÍS

Y entre tanto nos quedamos sin conocer las buenas y las malas: el caso es que la cosa no va mal.

NOGUÉS

Mientras se lo estaba contando han venido Marzo y Portas.

MOLAS

Esas son las malas: Thiers y Nerón...

NOGUÉS

Y Marzo ha dicho á mi defensor que era inútil el interés que se tomaba por mí, porque seríamos condenados.

MOLAS

Debe haber dicho que *estábamos condenados*, pensando en su abuelo Arbués.

CALLÍS

¡Vaya unas impresiones que se trae el mozo!

SUÑÉ

(*sentenciosamente*). No podíamos esperar otras.

MOLAS

Lo que yo creo es que nos meriendan á todas.

CALLÍS

¡Y el Consejo de Guerra, cuando se celebran

Nogués

Hoy, por eso ha querido hablar antes con-

migo mi defensor. Es muy simpático y me parece que toma la cosa como propia. Portas no quería dejarme á solas con él, pero lo ha echado del despacho del juez á empujones.

MOLAS

¡Ah, moño!

(*Callis hace un movimiento de amenaza.*)

SUSÉ

Silencio.

(*se abre la puerta.*)

ESCENA IX

Los mismos, Portas (y cuatro verdugos que se quedan en la puerta.)

PORTAS

¡Buenos días, muchachos! (*pausa*) ¿Estáis enfadados conmigo? (*los presos se van alejando á medida que Portas se interna en la estancia.*)

MOLAS

¡Quia; no, señor! Estamos la mar de contentos: es usted tan bueno para con nosotros.

PORTAS

Vengo á daros una buena noticia. Hoy se celebra el Consejo y seréis puestos en libertad al momento, porque Aschery y Más han rectificado sus declaraciones en el sentido de que ellos solos cargaron la bomba y ellos solos también la arrojaron.

MOLAS

Pues, y nosotros, ¿cuándo rectificaremos nuestras declaraciones? A mí se me ha hecho acusar de cómplices, en el atentado de Cambios Nuevos, á varios amigos que no saben de qué se trata, lo mismo que yo, y á Nogués le ha pasado otro tanto (*pausa*).

NOGUÉS

Rectificaremos nuestras declaraciones ante el Consejo, ya que si nosotros hemos de obtener la libertad, porque Aschery y Más se hayan declarado autores únicos del delito que se persigue, no es justo que aquellos á quienes nosotros acusamos, obligados por fuerza mayor, no obtengan la libertad también.

PORTAS

Este creo que será el resultado del Consejo,

jo, y casi os lo aseguraría en absoluto si vosotros siguiérais mis indicaciones.

CALLIS

¿Cuáles son ellas?

PORTAS

No denunciar el procedimiento que se ha usado con vosotros.

NOGUÉS

(*espontáneamente y sin poderse contener.*) ¡Ah, no; eso no; yo lo declararé todo!

PORTAS

(*á los verdugos.*) Llevaos á éste al cero y apaleadle hasta que prometa que no declarará nada ante el Consejo.

(*Los verdugos se llevan á Nogués á viva fuerza; Nogués se resiste; Molas demuestra intenciones de arrojarse sobre Portas; este lo nota y lo teme y se coloca cerca de la puerta; por fin se llevan á Nogués.*)

ESCENA X

Los mismos, menos Nogués.

MOLAS

(*trémulo de ira.*) ¡Vaya una manera de administrar justicia! Los que cometieron el crimen que vosotros decís perseguir, no han cometido tantas infamias...

PORTAS

¡Tú no has visto aún el casco! Pregúntaselo á Callis y verás lo que de él te cuenta. Pero no será necesario, porque si continúas así seguirás la misma suerte que Nogués.

MOLAS

¿No nos decías, Nerón, que seríamos puestos en libertad?

PORTAS

Si prometéis y cumplís no decir á nadie lo que os he más hecho (*pausa*). ¿Lo prometéis?

MOLAS

(*sin convicción.*) Bueno, por la libertad se pueden hacer muchos sacrificios.

PORTAS

¿Y vosotros?

(*Susé y Callis nada contestan, pero con su actitud demuestran que han comprendido á Molas y asienten á lo que éste dice.*)

PORTAS

Tened presente que después del Consejo,

aunque éste os declare libres, continuaréis ocho días, cuando menos, en mi poder, porque la causa irá al Tribunal Supremo de Guerra, y en esos ocho días, no sólo tengo tiempo de aplicaros otra vez el casco y las cañitas y la cuerda y el hierro candente, sino de armaros un nuevo proceso con cualquier pretexto (*saliendo y en tono amenazador*). No os olvidéis de mí.

(*Cae el telón del cuadro tercero.*)

CUADRO CUARTO

Decoración.

Representa la sala grande ó el dormitorio llamado de infantería, situado debajo de la Plaza de Armas del Castillo de Montjuich. La escena está cerrada. Al fondo cinco ventanas que dan al mar, cuyas aguas bañan las rocas del Castillo: la izquierda cerrada y la puerta de entrada á la derecha. A la izquierda, cerca de la pared, un pequeño entarimado, encima de este entarimado, una mesa, y frente de la mesa, sentado en una silla, el Presidente del Tribunal; á ambos lados del Presidente, tres vocales, y á la derecha de los vocales, formando ángulo, el Fiscal, sentado frente de una mesa más pequeña que la del Presidente; á la izquierda de los vocales, formando una línea circular también que recorre todo el fondo, los defensores sentados detrás de un tablero largo y estrecho que más parece un banco. Delante del entarimado, y frente del Presidente, el Juez en otra mesa pequeña. De esta mesa, á la derecha, varios bancos ocupados por los procesados, que son 86, y Teresa Claramunt. El primer banco está algo separado de los demás, y en él aparecen sentados Molas, Nogué, Sapl, Aschery, Más y Callís; entre el primer banco y el segundo, dos ó tres verdugos que vigilan todos los movimientos de los martirizados; cerca de la puerta, Portas en traje de cuartel; detrás del Presidente, colgado en la pared, un retrato del Rey; detrás del último banco, tres ó cuatro señoritas hijas ó esposas de los militares de la guarnición del Castillo; en la puerta, guardia civil con un teniente; al levantarse el telón, informará el Fiscal.

ESCENA XI

El Tribunal, los presos, los defensores, Fiscal, Marco, Portas, verdugos y señoritas.

FISCAL.

(1)... y ante la enormidad del delito y tratándose, como se trata, de gente enemiga de los santos principios que informa nuestra venerable sociedad, cierro los ojos á la razón y en nombre del Rey (*al pronunciar la palabra Rey, todo el mundo se levanta menos los presos*).

PRESIDENTE

(*de mal talante*) Levántense ustedes.

(*Los presos se levantan sorprendidos de aquella ceremonia.*)

FISCAL

... y en nombre del Rey, de Dios y de la Patria, pido 28 penas de muerte y 57 cadenas perpetuas (*movimiento general entre los defensores y los procesados; se sienta el Presidente y se sientan los demás; los comentarios duran un momento; los vocales, los defensores y los procesados cuchichean, después de unos segundos*).

DEFENSOR DE ASCHERY

Ruego á los señores del Tribunal que oigan de labios de mi defendido la afirmación de que él fué quien arrojó la bomba en la calle de Cambios Nuevos.

DEFENSOR DE NOGUÉS

Suplico á los señores del Tribunal, que los procesados ratifiquen en nuestra presencia las declaraciones que tienen prestadas.

DEFENSOR DE ALSINA

Pido al señor Presidente que se nombre una comisión pericial para que dictamine sobre la naturaleza del explosivo y la condición profesional de Juan Alsina, para saber si este procesado podía fabricar las bombas.

DEFENSOR DE COROMINAS

Pido á los señores del Tribunal que se dé lectura de un escrito del Excmo. Sr. Capitán general de esta Capitánía, que debe formar parte de los autos, en el cual se nos autoriza

(1) Al objeto de ahorraros la larga y enojosa acusación del fiscal, alteramos aquí, para los efectos escénicos, el orden de los nombres del Consejo de guerra.

á los defensores para interrogar y carear á procesados.

PRESIDENTE

(*al Fues*). Sírvase V. S. leer el documento en cuestión.

MARZO

(*hojeando los folios de la causa*). No está en autos.

(*Sorpresa general; los señores del Tribunal deliberan secretamente; después de un momento*).

PRESIDENTE

El Tribunal acuerda que no ha lugar á las peticiones formuladas por las defensas. No obstante, separadamente serán oídos todos los procesados; se levanta la sesión por quince minutos.

(*Al oír la determinación del Tribunal, todos los defensores darán muestras de sorpresa y de disgusto que se traducen en protestas levantándose de sus asientos*).

(*Cae el telón del cuadro cuarto.*)

CUADRO QUINTO

Decoración.

Representa un modesto y pequeño pabellón del Castillo; puerta al foro y á los lados. Al levantarse el telón estarán reunidos en la escena todos los defensores, que pasan de treinta, discutiendo los incidentes de la sesión mientras transcurren los quince minutos de descanso anunciados por el Presidente.

ESCENA XII

Los defensores.

VILLARROSA

(*defensor de Molas*). Esto no puede quedar así; es preciso que nuestra voz llegue hasta el Tribunal Supremo.

RICART

(*defensor de Corominas*). Nunca he presenciado Consejo como éste; se nos niega todo medio de defensa y de publicidad.

HUERCAS

(*defensor de Bartomeu*). Pues nuestro honor de hombres y de militares no ha de permitir que se condene á esos desgraciados.

RODRIGUEZ

(*defensor de Alsina*). Se acusa á mi defendido de haber construído las bombas y no se me permite demostrar técnicamente que eso es imposible.

OTRO DEFENSOR

Con el pretexto de que el Consejo se celebra en una fortaleza no se ha permitido la entrada á la prensa.

OTRO DEFENSOR

¡Cómo á la prensa! Al mismísimo Presidente de la Audiencia se ha negado la entrada en el Castillo.

MORALES

(*defensor de Nogué*). Antes la muerte que permitir tamaña...

ESCENA XIII

Los mismos y Portas.

PORTAS

(*entrando por el foro*). Señores, el Consejo... (Gritos de ¡fuera, fuera!, que dan los defensores acogen la aparición de Portas.)

MORALES

(*se adelanta, y cogiendo á Portas por la chaqueta, se lo lleva casi arrastrándole*). ¡Es usted un criminal; un miserable! (le abofetea y cae el telón rápidamente mientras los defensores se atropellan para detener á Morales).

Federico Urales.

El individualismo stirneriano en el movimiento anárquico.

II

Los anarquistas, en el completo significado de la palabra, es decir, todos cuantos combaten la triple manifestación de la autoridad coercitiva, representada en la personalidad del sacerdote, del patrón y del polizonte, forman liga común con otros que, sin aprobar el concepto negativo del anarquismo, ven en ello un arma excelente para su de-

fensa, convirtiéndose pronto esta defensa en ofensa contra aquella manifestación de la autoridad que más le ofende.

Así, en Francia, cuando el asunto Dreyfus, los anticlericales hallaron en los anarquistas una ayuda formidable, que decidió la victoria en la lucha contra los religiosos y en la de los antimilitaristas contra el militarismo. En la obra de la organización obrera y de resistencia contra el capitalismo, los anarquistas van á menudo unidos á los socialistas, como, por ejemplo, cuando se trata de luchar contra la arbitrariedad gubernativa ó de obtener mayor suma de libertades políticas. En ambos casos están los anarquistas en la necesidad de asociarse, no sólo con los socialistas, sino también con los republicanos.

••

La rebelión de los anarquistas, como la que pretende demoler los fundamentos de las instituciones sociales, en los que está hoy día basada la sociedad, ataca lógicamente también, en el campo intelectual, artístico y moral, sin respeto alguno, aquellos *sagrados principios* que fueron formándose y elaborando como una corteza defensora alrededor de las instituciones burguesas y autoritarias.

En esta lucha, especialmente de orden moral, en la parte demoledora y no en la constructora, los anarquistas tienen por aliados á los individualistas stirnerianos (1), y son, digámoslo de una vez, aliados formidables, de puño de acero, á cuyo ardimiento ideológico se deben, quizás, las denominaciones que les hacen aparecer como verdaderos y auténticos anarquistas, especialmente á los ojos de quien ve en un anarquista más bien un nihilista, un destructor (violento ó no), sin parar mientes en el idealista, en el reconstructor.

El stirneriano no se preocupa de la reconstrucción. Se siente obseso, abrumado por un cúmulo de instituciones exóticas, por una avalancha de prejuicios, de hábitos y conveniencias, de las que quiere librarse proclamando el derecho del individuo, de no ser sacrificado á la comunidad, que es lo que actualmente constituye el *medio* en que se desarrolla la acción general. Quiere tener derecho á la explicación del propio pensamiento, de sus facultades y gozar de la vida con toda la fuerza conservada en su cerebro y en sus músculos.

Así, con crítica audaz, combate todas las instituciones que contrarían á cualquiera de sus derechos. Hasta aquí estamos de acuerdo, ya que también nosotros, los anarquistas, reivindicamos para el individuo los mismos derechos y, por consecuencia, combatimos iguales instituciones.

Sin embargo, el individualista se empeña en no salir de la consideración de su «yo», diciendo: «nadie se resigne, y cuando todos hagan lo que yo, todos serán libres.» Quiere libertarse á sí mismo, pero no se preocupa de los otros, sino en cuanto éstos limitan ó pueden limitar su derecho. Por esto, las tres cuartas partes del problema social escapan á su penetración, sucediendo que, de premisas así limitadas, pueden derivarse consecuencias las más absurdas y contradictorias, las más revolucionarias y también las más conservadoras, y á menudo este último.

Emilio Henry, en nombre de la soberanía del individuo y para afirmar su derecho contra la opresión burguesa, echa una bomba en un café (aunque verdaderamente bajo la corteza del individualista, su alma sentía intensamente la solidaridad). Pero también en nombre de la soberanía individual podría Nerón incendiar Roma para dar á su «yo» la satisfacción de gozar desde lo alto de una torre el espectáculo inhumano de una ciudad

(1) Digo individualistas stirnerianos, aunque incluyo también á otros del mismo matiz que se llaman sucesores de Nietzsche, y otras escuelas parcidas.

ardiendo; semejanza ésta algo excesiva, pues no falta literato de la expresada tendencia individualista que ha tratado de hacer simpático á Nerón por aquel capricho.

..

El anárquico es individualista en cuanto se preocupa de la *libertad individual* propia y de la ajena, viendo en esta última una garantía y una ayuda para la suya.

Esta, en mi opinión, es la falta de lógica de los stirnerianos, que vanamente piensan en la liberación propia, sin preocuparse de la de toda la humanidad. La humanidad, que para ellos es una abstracción nociva, es, sin embargo, el ambiente en que deben vivir y al que no pueden abstraerse, supuesto que *uno* no puede ser libre en un pueblo de esclavos, sopena de ser el tirano.

Tampoco pueden hacer abstracción de la colectividad que les rodea porque, para demoler las formidables instituciones que cohiben la conciencia y las acciones humanas — bastan los libros de filosofía ni la intensa rebelión individual, sino que se necesita un esfuerzo organizado y simultáneo de la multitud guiada por un acuerdo común.

Los socialistas anárquicos conciben la revolución social como una destrucción de las instituciones autoritarias y burguesas de una multitud (aunque sea un paración de los dudosos, ignorantes y pasivos) compuesta de individuos ligados voluntariamente por la conquista del vínculo de la solidaridad.

Los individualistas stirnerianos, no todos, combaten el principio de que si todos lo aplazan indefinidamente, lo cual significa aplazar los cambios en todos sus aspectos políticos y especialmente económicos.

Desconocen también un coeficiente importantísimo de la vida humana, sin el cual no hay humanidad posible, ni siquiera existencia individual. Solidaridad é individualismo son dos fuerzas de evolución, que, para la sociedad, son lo que las fuerzas centrífuga y centrípeta para el cosmos. Un stirneriano viene á ser como un aficionado á la física que en sus investigaciones atiendiese únicamente á la fuerza centrípeta; del mismo modo que un socialista de estado resulta ciego de iguales acciones que atendiera sólo á la fuerza centrífuga.

En cambio, el socialista anárquico no prescinde de ninguna de ambas fuerzas; busca el equilibrio entre ellas y lo encuentra (ó al menos cree encontrarlo) en la anarquía; un estado de cosas en que la libertad individual está completada por la libertad de todos, por lo que el aislamiento es el mayor obstáculo á la libertad.

El hombre aislado es el más fuerte—dice Ibsen—, y este dicho paradógico se ha repetido tantas veces, que hoy parecerá paradoja decir lo que yo sostengo: que el hombre aislado es más débil que el asociado. Digo *asociado*, no se traduzca *disciplinado*.

El hombre aislado es el más débil y el menos libre: porque si es verdad que la necesidad desenvolverá en él cualidades superiores á la media, éstas resultarán siempre impotentes para vencer la dificultad y los obstáculos del ambiente, aunque sean naturales, y que serán superadas fácilmente por los otros hombres normalmente asociados.

Un hombre que viviese solo, así fuera fuerte como un orangután é inteligente como Dante, sería siempre menos libre que un niño viviendo en medio de la sociedad, supuesto que la libertad consiste, substancialmente, en la posibilidad de hacer lo que se quiere y se necesita.

..

Alguien dirá que toco cuestiones demasiado sabidas, como cuando desde niños nos

enseñaron la fábula del hacecillo, que se rompe fácilmente solo y se hace fuerte unido á otros.

Es verdad; pero la especulación filosófica, desbocada por los campos yermos de la abstracción y de la paradoja, se ha acostumbrado á desnaturalizar y á despreciar las verdades más elementales. No es malo, pues, que se contraríen estas verdades, tanto más, cuanto esto es necesario para impedir que se propaguen é infiltren entre muchos que acostumbran á practicarlas en su lucha cotidiana por el derecho.

No obstante, la paradoja stirneriana sí lo es cuando se saca la consecuencia del aislamiento individual; deja de serlo cuando se le considera como el triunfo del más fuerte en la sociedad; un triunfo obtenido *más allá del bien y del mal*, como diría un partidario de Nietzsche, ó, en lengua vulgar, más allá de todas las consideraciones morales y de justicia: el individuo que satisface su propio «yo» sin preocuparse de los demás, aunque sea en perjuicio de ellos.

Esto no es una paradoja, es la lucha por la vida, como la entienden los antiguos darvinistas; el combate *con los dientes y con las uñas* entre hombre y hombre, entre hermano y hermano; es la aplicación práctica de aquella ley, introducida hoy en la vida social. Antes, vencía el despotismo político; ahora, son los déspotas economistas los que triunfan; entonces y ahora, *el individuo más fuerte* venció y vence.

Ciertamente, más antipáticos que los vencedores de la antigüedad son los actuales, porque el elemento, la fuerza que les conduce y les hace desear la victoria, no ya la ilusión religiosa que hacía caballeros errantes y que realizaba las cruzadas, no es brillante y caballeresco prejuicio de la nobleza; la lucha actual es por una sola cosa estúpida y brutal sin sombra de aspiración ni de ideal—el dinero—, el dinero, que lo ensucia todo, que se impone á todo, que hace inteligente al idiota que lo posee, fuerte al más vil; que mata toda inspiración imponiéndose é imponiendo la mediocridad, mezclándose hasta en los capítulos en que menos voz debiera tener: en arte y literatura.

Entre artistas y literatos es donde se encuentra el mayor número de individualistas, y están en su perfectísimo derecho cuando contraponen el propio «yo» genial, la propia superioridad individual á toda la sociedad moderna, encenagada en el fango de la vulgaridad, á una mayoría que, debida á la imbécil organización social, no puede ascender su comprensión hasta ciertos conceptos artísticos, hasta ciertos refinamientos literarios. La revelación íntima y consciente, en nombre de la propia individualidad intelectual, es un coeficiente revolucionario imperecedero. La crítica corrosiva contra las instituciones que hay en los trabajos de Paul Adam, en las novelas de Mirbeau, en los opúsculos, cada uno de ellos una obra maestra, de León Tolstoy (un individualista, á pesar suyo y de su monomanía mística), estos trabajos son, para la sociedad moderna, lo que las comedias satíricas de Beaumarchais eran en 1789: preludio de la Revolución, el crujido del edificio social próximo á la ruina.

Y para que no se cometa el error gravísimo de confundir á la mayoría de la sociedad con el pueblo propiamente dicho, y que caiga sobre éste el desprecio que sólo aquella merece (las insolencias á la plebe de la *Laus Vitae*, de D'Annunzio, pueden probar esto), ¿qué anarquista no pondría gustoso su nombre al pie de las páginas de estos individualistas?

Pero el individualismo puro, uno de los agentes de progreso en arte y en literatura, no puede transportarse á la sociología. El individualismo en economía trae por resultado el privilegio de la propiedad, los intereses que concurren con ella, el capitalismo, en una palabra, el *homó hominú lupus* de Hobbes.

Los individualistas anárquicos de la escuela de Max Stirner, aquellos que de la doctrina stirneriana han querido deducir consecuencias en materia económica, como John-Henry Mackay y Benjamín Turcker (el primero ha expuesto sus ideas en un libro muy conocido, *Anarquistas*, y el segundo hace propaganda desde su revista inglesa, publicada en New York, *Liberty*), son verdaderos economistas burgueses, son libertarios que darían la mano á nuestro Maffeo Pantaleoni, á Vilfredo Pareto y á los jóvenes inonárquicos conservadores y liberales, etc., como Giovanni Borelli.

J. Mackay, al cual Zoccoli, en el prólogo de *Único*, de Stirner (1), no quiere, *por respeto á los lectores, honrar con un excesivo acto de cortesia* (probablemente, Zoccoli ignora también, como ignora todo el anarquismo de que habla y alardea, que Mackay en Alemania é Inglaterra es reconocido como uno de los más estimables poetas); Mackay, repito, es el más autorizado intérprete de su maestro. El fué el primero que procuró hacer y dirigió la segunda edición de las obras de Stirner, el que recogió sus escritos menos importantes y el que escribió su biografía; pero fué también el primero que cometió el error de ver en el *Único* una especie de Biblia del anarquismo.

El individualismo stirneriano conduce en economía á la propiedad «individual», al privilegio del capital, á la negación, en una palabra, por medio de la potencia del dinero (que los stirnerianos anarquistas no quieren abolir), de aquella libertad que reivindican en política, en moral y en filosofía. Mackay, por su parte, no oculta un momento sus propias ideas libertarias, pero niega las consecuencias lógicas que de ellas se derivan; sostiene que, en anarquía, la libre concurrencia de los intereses facilitará la selección natural y que la propiedad es necesaria á la libertad (2).

Si se lleva la teoría stirneriana al campo de la realidad, á la vida que se vive, fuera de la especulación abstracta, se observa al punto que débil y lejano es el punto de conjunción del individualismo con el anarquismo propiamente dicho. Y esta relación, por mínima que sea, es naturalísima, puesto que todas las teorías, incluso las más contradictorias, tienen por un lado ó por otro un punto de contacto.

III

He hablado hasta ahora de los individualistas y me he olvidado de hacer una advertencia á los lectores, quienes, acaso, han podido confundirse con tanto fárrago de nombres, subdivisiones y teorías.

Hay entre los comunistas anarquistas una fracción que es en economía completamente individualista, y la cual, durante mucho tiempo, ha querido llamarse así para diferenciarse, no en la teoría, sino más bien en la práctica de la lucha, de los propios compañeros, comunistas anarquistas también en lo tocante á los problemas de la organización en partido de la asociación obrera, de la acción individual y colectiva y de otras cuestiones. Siendo para ellos su finalidad completamente individualista stirneriana, combaten desde luego la idea de una organización anarquista en el seno de la sociedad actual, y, en contradicción con los demás, piensan que debe ser nocivo para la causa revolucionaria constituir un partido, favorecer el asociacionismo obrero y unirse en un acuerdo prestablecido para la lucha contra las instituciones. A mi entender, son ilógicos y están equivocados pensando así, pues á pesar de los diversos sueños ideológicos y del nombre contradictorio, así son siempre los anarquistas socialistas, teóricamente no muy desemejantes de todos los socialistas anarquistas que constituyen el conjunto y la totalidad del movimiento libertario internacional. Los socialistas anarquistas que deseen denominarse así podrán,

(1) M. Stirner, *L'Único*, con un prólogo de E. Zoccoli. Fratelli Bocca, ed. Torino, 48.

(2) J. H. Mackay, *Anarquistas*.

acaso, disentir—no todos disentimos verdaderamente—del concepto de violencia ó de represalia contra la sociedad burguesa, cosa admirablemente expuesta en su ejemplar antodefensa ante el jurado—calificada de joya literaria por Mirbeau, Leiret y otros—por Emilio Henry antes de salir para el cadalso. Pero tampoco podemos negar—por un vano amor á la tranquilidad frente á la reacción ó á los prejuicios dominantes—la afinidad ideológica que les liga por otra parte con los partidarios de aquel concepto.

Es preciso, pues, no confundir con éstos, no verdaderos individualistas, que entran de lleno en la gran categoría de comunistas anarquistas, con los individualistas stirnerianos, de los cuales hablamos ahora.

Cerrado el paréntesis, aprovecho la ocasión para afirmar nuevamente que el individualismo stirneriano, tanto en los medios como en la teoría, es completamente revolucionario en el sentido histórico y práctico de la palabra (1). Los individualistas stirnerianos (recuérdese siempre que hablo de los individualistas que se llaman a sí mismos anarquistas y son militantes, no de los deportistas, literatos y mucho menos de los *superhombres* á lo D'Annunzio) (2), que son precisamente contrarios á cualquier idea de violencia, ya individual, ya colectiva. Estos confían en el triunfo de las propias ideas por la selección natural, por la propaganda pacífica, la resistencia pasiva contra la sociedad autoritaria y por medio de la propaganda del hecho consciente en la acción, en la vida y en cuanto es posible, según las propias ideas, y contra los prejuicios dominantes. León Tolstoy, con su barniz místico, es en este sentido el intérprete de su programa de lucha, si verdaderamente puede llamarse programa para la lucha.

¿Qué cosa puede haber de común entre estos individualistas y los socialistas anarquistas revolucionarios, que tienen, en cambio, fijo su pensamiento en una palingenesis social, hacia una revolución—no la pseudo-científica de Ferri—, sin la cual creen imposible la resolución del problema del pan y de la libertad?

Repito; en la crítica á la sociedad actual, muchas de sus páginas pueden ser nuestras, como pueden serlo del mismo modo las de la crítica á las religiones de Moleschott, de Büchner, Ferrari, las de la crítica á la propiedad individual de Marx, las de la crítica al Estado de Spencer y de tantos otros audaces independientes, así como las de la crítica á los prejuicios morales modernos de toda una falange de pensadores, cuya ácabada, Nietzsche pide su demolición.

Pero la sola demolición no basta para reunir dos escuelas diferentes, pues lo que forma los cimientos de un edificio ideológico es el *principio*, el móvil de la demolición, el fin á la misma demolición tiende: el concepto de la reconstrucción futura, de luego.

Los anarquistas, á modo de ejemplo, reverencian voluntariamente al gobierno italiano, como lo reverencian, voluntariamente también, los clericales que desean devolver Roma al papa. ¿Se dirá por esto que haya afinidad entre unos y otros?

La idea anarquista es ya teoría constituida, adulta, completa. Tiene principios éticos

(1) Paul Ghio me ha remitido estos días, desde París, su libro, editado por Colla, sobre *El anarquismo en los Estados Unidos*, en el que, hablando del anarquismo individualista stirneriano de B. R. Tucker y resumiendo difusamente la teoría, confirma mi juicio sobre él como contrario al concepto revolucionario de los anarquistas comunistas y favorable al anastasiamiento de la propiedad individual.

(2) Ya he admitido el individualismo como posible en el campo intelectual, pero ahora no puedo menos de establecer las debidas reservas. ¿Qué individualismo stirneriano podrá subsistir á la cooptación, en su obra, de tantos otros intelectuales? ¿Quién de ellos pueda afirmar que la idea más peregrina ha sido propia y no está determinada por el trabajo intelectual de toda una serie de productores? Así, retrospectivamente, lo afirmará la sociedad, sin embargo. Max Stirner mismo no ha hecho más que sacar las consecuencias, en forma paradójica, de las premisas sentadas por otros pensadores anteriores, lo que constituye en él la forma original del pensamiento.

deducidos de los hechos y de la realidad observada en cualquier parte; tiene una crítica de todas las instituciones sociales de que se sirve, y tiene en grandes líneas, finalmente, un fin en economía, en política y en moral.

Es una idea colectiva, puesto que en ella han trabajado muchísimos, estoy por decir las multitudes, y no es el producto del cerebro genial de un hombre solo. Bakounine, Reclús, Malatesta, Kropotkine, Grave, han dicho mucho, pero ninguno de ellos lo ha dicho todo.

La idea anárquica procede de obras diversas y múltiples de sus pensadores, de la acción multiforme de sus militantes, del movimiento libertario y revolucionario internacional, ya con preponderancia teórica, ya práctica, ya en algunos ambientes intelectuales, ya en otros de índole obrera, suscitando sublimes heroísmos unas veces, ya otras terribles y enormes errores (*errare humanum est*), moviendo una colectividad ó impulsando á un individuo con color y acento diversos, pero siempre salidos de la línea general con la misma característica en economía, en política y en moral.

El libro de los anarquistas no se ha escrito aún, y acaso no lo estará verdaderamente nunca, precisamente por lo vasto y complejo de la idea, la cual se muestra bajo mil formas inenarrables; pero si tal libro estuviese escrito ya, *El Único*, de Stirner, no habría jamás podido serlo.

La teoría stirneriana es, en el fondo, reaccionaria; vese en ella la rebelión, pero más la rebelión contra el pueblo que contra el tirano; más contra los derechos de las multitudes que contra el privilegio de uno solo, y si parece combatir el privilegio no es para abolirlo, sino más bien para verificar una substitución con otros privilegios y otros privilegiados. Esta es, al menos en último análisis, la consecuencia lógica á que se llega por la premisa individualista, quiéranlo ó no los que tal premisa establecen (1).

La anarquía es, en cambio, la negación de toda *cracia* (*archia*) (2) para todo, ya desde el punto de vista de muchos como de uno solo, del individuo como del pueblo. Es la abolición de la autoridad en todas sus manifestaciones coactivas y violentas, del gobierno sobre el súbdito, del amo sobre el criado, del sacerdote sobre el creyente y, más abstractamente, de la ley escrita sobre los asociados, cuya ley no quieren ó no aprueban.

Pero abolir la autoridad, en el sentido de coacción de la voluntad y de otras acciones, no significa abolir la sociedad, la cooperación, la solidaridad, el amor; abolir la vida, en una palabra.

Pero los anarquistas no se limitan á negar cada uno la autoridad de que se consideran víctimas ellos mismos; queremos todos juntamente garantizarnos unos y otros el ejercicio de la mayor libertad posible, y esto, con un pacto recíproco de mutuo auxilio, sin leyes y sin soldados, contra las eventuales prepotencias de un individuo, de pocos ó de muchos, mañana; hoy, en la lucha contra las oligarquías, imperantes por medio de la supina ignorancia de los más.

La filosofía de la historia, la ciencia, el estudio de las instituciones sociales han demostrado dónde se encuentra el mal, y combatimos por eso la autoridad en sus más va-

(1) Ocupádoos, para referaros, de mis artículos precedentes Juan Diodati en la *Patria* (3 Diciembre), confirma esta idea más sobre el significado reaccionario que los stirnerianos, muchos por lo menos, dan á la palabra anarquía: «Para mí—digo—es más legítimamente anarquista un buen burgués, que anhela *para sí* una ley de privilegio y disfruta del poder ajeno, que un socialista libertario que quiere abolir los guardias y hasta, cierto punto (*del todo y no hasta cierto punto*) el Código, pero que piensa dividir el pan con sus hermanos».

(2) Diodati ha italianizado esta palabra griega.

riadas formas. Combatimos la institución de la propiedad individual y del monopolio capitalista porque eso es una *autoridad*—la más nociva, más que toda la superioridad de los hombres, á mi entender—; combatimos el instituto gubernativo, absoluto ó democrático, combatimos las religiones, los prejuicios morales, etc., etc.; pero téngase en cuenta que demoler no basta, es preciso vivir en este mundo tanto de pan como de filosofía, y no es posible la vida de cada hombre aislado en un mundo aparte; así los anarquistas han pensado en el modo de vivir en sociedad, si bien después de eliminar toda *cracia*, todas las prepotencias autoritarias.

Y estudiando, se observa que vive una sociedad, no porque tenga una autoridad, sino á pesar de ella, si es una sociedad verdadera—la *societas* leal, entre iguales—, no existiendo aún porque la libertad y la igualdad existen sólo de nombre, pero faltan de hecho. Por esto no combatimos, como hacen los individualistas, la sociedad, sino procuramos el equilibrio entre ésta y el individuo.

Sociedad verdadera no existirá hasta que en el seno de la misma el individuo sea autónomo, y la autonomía del individuo será posible sólo cuando esté coordinada según el principio vital, sin el cual el mundo humano se extinguiría, y el que ninguna prepotencia autoritaria ha podido jamás, durante los tiempos pasados, sofocar: *el principio de solidaridad*, ley natural, como la de la gravitación universal, á la que ni un solo átomo puede abstraerse sin sumergirse el universo en el caos legendario.

Leic Fabbri.

Roma, Diciembre 1903.

NOTA.—Consideramos que muchas de las contradicciones presentadas en su trabajo por nuestro querido compañero Luis Fabri contra los anarquistas que se llaman individualistas, son más un juego de palabras ó una mala interpretación de las palabras que un error. Los anarquistas, aun los comunistas, han de ser individualistas si quieren la libertad para sí y para los demás.

El comunismo para el consumo, para la naturaleza, para la propiedad de aquello que por razón de su uso y de su utilidad ha de ser propiedad de todas las personas; la sociedad para las obras que necesitan el concurso de la colectividad, mas el individualismo para la vida, para el trabajo que puede y debe hacerse individualmente para la independencia y la libertad absoluta de los hombres. Sólo el individualismo que es, si se quiere, la exageración de la libertad, satisfará las exigencias ó las necesidades de los diversos temperamentos y de las diversas mentalidades, que son infinitas en la raza humana.

Tal es nuestro criterio, y con él creemos concluir con toda discusión de mejor ó peor, de injusto, justo ó más justo. Libertad, sobre todo, libertad; es decir, anarquía. Lo demás ha de importarnos poco, porque lo demás, aunque sea malo ó injusto no ha de esclavizar, si á todo preferimos la libertad.

LUJO, CIENCIA Y ARTES EN LA ANARQUIA

En *Alrededor de una vida*, Kropotkine se expresa así, hablando de los goces científicos:

«¿Qué derecho tengo yo á estos nobles goces, cuando en torno mío no veo más que miseria y lucha por un mendrugo de pan? Todo lo que yo gastaría para poder vivir en este mundo de emociones delicadas sería necesariamente quitarlo de la boca de aquellos mismos que hacen venir el trigo y no tienen pan para sus hijos. Esto debía ser tomado de lo necesario de otros, porque la producción total de la humanidad está todavía poco adelantada.»

Georges Brandes, en el mismo prefacio que puso á esta obra admirable, condena este pensamiento.

«En cuanto á mí—dice Brandes—no creo que tenga razón (Kropotkine). Con tales

ideas, Pasteur no hubiera sido el bienhechor de la humanidad que conocemos. Después de todo, en la larga serie de las edades todo confluye en provecho de la masa del pueblo. Creo que un hombre hace cuanto puede para el bienestar de los demás, cuando produce para el mundo, con la mayor actividad posible, aquello que es capaz de producir. Pero esta idea fundamental es la característica de Kropotkine y él la expresa por entero.»

Lo expresa tan por entero, que lo manifiesta, además, en otros capítulos de sus libros. Así, que no vacila en colocar, moralmente, en el mismo nivel, al sabio y al ebrio, si el sabio no persigue en sus trabajos más que una satisfacción propia y no se propone por único fin la liberación del pueblo.

Veamos, si no, estas otras citas:

«Pero, podéis preguntar: «*Noramala la práctica*», consagrémonos á la ciencia pura, como hacen el astrónomo, el físico y el químico. ¿Será esto simplemente el placer, inmenso por cierto, que nos dan los misterios de la Naturaleza y el ejercicio de nuestras facultades intelectuales? En tal caso, yo os preguntaré: *¿por qué el sabio que cultiva la ciencia para pasar agradablemente la vida, difiere de este ebrio, que á su vez no busca en la vida más que el disfrute inmediato que le procura el vino?* Ciertamente que el sabio ha escogido mejor la fuente de sus goces, porque el suyo se los procura más intensos y más duraderos; pero, esto es todo: uno y otro, el ebrio y el sabio tienen el mismo fin egoísta, el goce personal (1)».

Es menester tributar homenaje al sentimiento que inspiró tales pensamientos y á la delicadeza extrema de que los mismos dimanar. El hombre que delante de los sufrimientos de otro se prohíbe gozar en sí mismo espiritualmente, da prueba de una comunión tan íntima con sus semejantes, que es digno de toda admiración; pero la admiración no implica necesariamente adhesión á las ideas, las cuales pueden ser erróneas aunque sean engendradas por las más nobles pasiones, que es lo que estimo en este caso.

Si la escuela anarquista sigue por entero á su gran intérprete, si ella subordina la ciencia y el arte á las necesidades materiales y no les permite aparecer sino después de ellas, yo confieso sinceramente que me separo absolutamente de ella en este particular.

Claro es que me compadezco, como cualquier otro, de las miserias individuales; pero, dada la extrema brevedad de la vida, considero á los individuos como seres efímeros, y únicamente el ser colectivo es el único que me parece digno objeto de nuestras meditaciones y de nuestros sacrificios.

Luego la verdadera misión del ser colectivo, la principal, quizás, diré sinceramente (si es que esta palabra no implica una idea religiosa que desde ahora rechazo) es el aprender, descubrir y conocer.

Comer, beber y dormir; vivir, en una palabra, no es más que un simple accesorio. En este particular no nos distinguimos del bruto: saber es la finalidad.

Si yo estuviera condenado á optar entre una humanidad materialmente feliz, ahíta, á la manera de un rebaño de borregos en el campo, y entre otra humanidad arrastrándose en la miseria, pero de la cual emanara alguna verdad eterna, cifraría mis simpatías en la última (2).

(1) *Palabras de un rebelde.*—(N. de A.)

(2) Eso de la «*ciudad eterna*» nada quiere decir, porque no hay más verdades eternas que la vida, y la vida no es una verdad, es un hecho. Por otra parte, ningún anarquista, con mediano cacumen, desea únicamente la vida material, ni prefiere los gozos del estomago, que no son gozos, sino necesidades, á los gozos de la inteligencia, que aunque también son necesidades, reúnen en sí más gozos que los de nutrición.—(N. de la R.)

Felizmente, no estoy puesto en tan cruel alternativa. La miseria no es condición de la ciencia, sino que ésta, por el contrario, es el camino que ha de llevar á la emancipación del género humano.

Cuando los anarquistas relegan los trabajos del espíritu al segundo rango, obedecen inconscientemente á un impulso análogo á aquel otro que llevó á los primeros cristianos á condenar los cuidados corporales (1).

Los paganos ricos los habían relegado á último término tanto como los esclavos estaban también de ellos privados. En buena lógica, habría sido necesario generalizar la práctica, pero se suprimió el cuidado corporal como impuro; reacción natural si se quiere, pero absurda.

En nuestros días, las profesiones llamadas liberales son particularmente buscadas y honradas, en tanto que el trabajo manual está postergado, á pesar de todos los discursos pomposos pronunciados en su panegírico.

En esto estriba uno de los grandes reproches que con todo fundamento se puede dirigir á la sociedad actual.

El trabajador manual no debe ser humillado.

Desde el punto de vista de la dignidad y del respeto de sus semejantes, aquel que guía el arado y echa el trigo al suelo, tiene derecho al mismo reconocimiento que un Georges Ville, un Pasteur, un Miguel Angel ó un Víctor Hugo.

Pero no merece, por un cambio de convenciones sociales, homenajes superiores á los que nuestra época tributa á los grandes hombres (2).

No guiaría el arado si un inventor, cuyo nombre se ha perdido en la noche de los tiempos, no le hubiese dotado de este instrumento; mientras que, si ahora penosamente saca la espiga de oro de la tierra fecunda, Georges Ville le enseña á aumentar la cosecha con menor esfuerzo.

Miguel Angel y Hugo le imbuyen, finalmente, la revelación de lo bello, afinan su alma y lo vuelven más fraternal.

Todos nos acordamos de la fábula de aquella sombra condenada por Minos á los suplicios infernales porque no había hecho el bien en la tierra por amor á sus semejantes, en vez de obedecer al solo amor de Dios.

El pensamiento de establecer una analogía entre la embriaguez y la ciencia, siempre que ésta no persiga por único fin la emancipación del hombre, procede del mismo espíritu.

En ambos casos, la apreciación del móvil está substituída á la del acto.

Ciertamente que, en su paralelo, el sabio anarquista no compara igualmente el deseo del conocimiento y el amor al vino.

El sabio ó el artista, según él, escogen mejor el objeto de su pasión porque la ciencia y el arte les procuran goces más duraderos que la embriaguez; pero artista, sabio ó ebrio son igualmente, á sus ojos, puros egoístas, y, moralmente, allá se van el uno y el otro.

Este error de razonamiento sería, en rigor, comprensible en un espiritualista imbutido.

(1) Dijimos otro día, comentando también un artículo del Sr. Naquet, que dicho señor no conocía suficientemente el anarquismo; hoy lo repetimos. Nadie que esté enterado de la sociedad que pretendemos establecer los anarquistas puede decir que relegamos á segundo término los trabajos del espíritu. Queremos el hombre íntegro y por lo tanto no distinguimos de trabajos. — N. de la R.

(2) Nadie pretende tal cosa; lo que pretendemos los anarquistas es que la humanidad no continúe dividida, con el pretexto de que hay hombres más inteligentes que los demás, en privilegios y servilidades. Como todos somos necesarios á la vida y nadie es indispensable, queremos que todos gocemos de los mismos derechos. — N. de la R.

de ideas de libre arbitrio, de mérito y de demérito. Pero no lo es en un hombre de ciencia y, por consiguiente, en un determinista como el autor de las *Palabras de un rebelde*.

¿Qué enseña el determinismo?

Que todo hombre obedece al móvil más poderoso.

Obedecer al móvil más poderoso, ¿no es acaso más que ceder al impulso que procura la satisfacción más viva?

Cuando Kropotkine declara esto; cuando, nacido de una de las primeras figuras de Rusia; educado en la escuela de los pajes; amado del emperador; pudiendo aspirar á las posiciones más encumbradas, cambia todas estas ventajas por la pobreza, la prisión y el destierro para trabajar por la emancipación del pueblo, ¿acaso obedece menos á esta ley, de más fuerte atracción que el criminal que roba ó mata por amor al bienestar y por horror al trabajo? (1)

Manifiesta, sin duda alguna, una belleza moral superior; pero en esto no pone más mérito que el de una mujer bonita al presentar el tipo de la más refinada belleza física.

Convertida en una obsesión bastante para ponerse por encima del dolor y la muerte, el amor al prójimo, no por eso conserva en él su carácter de pasión personal.

Kropotkine siente un áspero goce en las mazmorras, como otros lo han experimentado en la hoguera ó bajo la cuchilla de la guillotina.

Encastillado en la ciudadela San Pedro y San Pablo ó en la casa solariega de Clairbause, no habría, ciertamente, cambiado su suerte por la de los grandes de este mundo, entre los cuales tenía rango.

Allí, sentía él como ahora lo experimenta en el destierro, sufriendo por el género humano, una intensa satisfacción que domina los magullamientos de la carne y aun del espíritu.

Así, pues, por egoísmo (ó por egotismo si, para evitar equívocos, se prefiere esta expresión de Stendhal) siempre obra por altruísmo. Únicamente este egoísmo es favorable al desenvolvimiento social. Es el mejor de los lazos que pueden unir á los hombres, el principal factor del progreso, y por tanto, la humanidad le venera.

Pero, en resumen; puesto que el individuo, que es el objeto de esta perfección moral, no participa de su manera de ser, esto que veneramos es la belleza del producto, del resultado, y, sobre todo, la utilidad, tanto más inestimable cuanto más rara es la cosa.

¿Podrá Kropotkine rehusar el aplicar al hombre de ciencia ó de arte y al ebrio, que pone en paralelo, la misma regla que se aplica al devoto y al criminal?

El químico ó el pintor de que se trata, no han pensado quizás nunca en las miserias del prójimo.

Quizás se limitan, el uno, á perseguir un goce estético; el otro, á procurarse una satisfacción de curiosidad científica. Bajo este considerando, convengo en que se parecen al borracho que busca en el fondo de la botella el único placer á que es accesible.

Pero ¿qué distancia entre ambas naturalezas! El uno, se satisface en los grandes problemas del Universo, mientras que el otro pone su ideal de felicidad en el embrutecimiento por el alcohol.

(1) Aquí el Sr. Noquet es contradictorio. Pretende que la misma fuerza de atracción que obliga á Kropotkine á prescindir de honores y riquezas para dedicarse á la emancipación del pueblo, siente aquel que roba ó mata por horror al trabajo, y en otra parte de este mismo artículo quiere convenenos de que el sabio que se dedica á la ciencia misma, tiene móviles más elevados del que babe por el único placer de emborracharse. Patentizada la contradicción en este punto, sólo nos resta decir que nadie roba ni mata por horror al trabajo, aunque confesamos que se puede ser lo que llamamos criminal por horror á una clase de trabajo, á un trabajo que repugna al individuo que no ha nacido con aptitudes para ejercerlo, y que con castigos materiales ó con coacciones sociales queremos que lo ejerce. —(N. de la R.)

Y, sobre todo, ¡qué diferencia entre sus efectos sociales!

El alcohólico anula una fuerza que podía ser útil á los otros hombres; el artista ó el sabio, quieran ó no, trabajan en la emancipación universal.

Libertando por sus investigaciones sobre la creación, las inteligencias del dogma, y por la máquina los brazos del trabajo material, ó elevando los corazones por los esplendores de lo bello, el trabajador del espíritu prepara la sociedad fraternal y unida del mañana.

Será reaccionario y devoto, como Pasteur ó Saint Claire de Ville; podrá ser cortesano y vil, como Cuvier; resultará insultador de las glorias que ofuscan al Emperador y amo, como Virchow ó Wagner; pero cuando muere, su obra perdura.

Pasteur, Lister, Roux, pueden creerse los adversarios del socialismo; pero al legarnos con la microbiología teórica la antisepsia, la seroterapia y otros innumerables resultados industriales, implícitamente contenidos en sus descubrimientos, trabajaron seguramente más por el advenimiento de la justicia social, que tantos corazones inflamados de amor que, con la mejor fe del mundo, creyeron prepararla echando bombas en los sitios públicos (1).

Y, puesto que hoy día juzgamos á los hombres por los resultados de sus actos y no por la ética metafísica y religiosa; puesto que glorificando al altruista por su acción bienhechora y repeliendo al asesino por sus efectos desastrosos, proclamamos con Littré que uno y otro obedecen á impulsos igualmente irresistibles; debemos, en virtud de la misma lógica, poner al sabio ó al artista por encima del hombre ebrio, sin que nuestro juicio pueda ser influido, porque aquél sea socialista, anarquista ó clerical. Efectivamente, en este caso, el clerical hará inconscientemente obra socialista, y el socialista, obra clerical.

II

De esta manera, á impulsos de la indignación que le produce la diferencia de trato aplicado en nuestros días á los obreros del pensamiento y á los de la materia, Kropotkine no ha encontrado cosa mejor que imponer á todos un mismo tiempo de trabajo manual.

El pensamiento se desenvolverá cuando haya lugar.

Digo «imponer» porque ya se deja entender que no se trata aquí de una obligación moral, puesto que toda autoridad está desterrada de la esfera anarquista, y no hay asunto de coerción material en grado ninguno, por más que se concede la facultad de abastecerse en los almacenes generales á los perezosos.

Los anarquistas, sin embargo, suponen que será respetada la obligación moral.

Luego hay una consideración que escapó á Kropotkine, y es que tal sistema produce la desigualdad contra los trabajadores del pensamiento y está lejos de suprimirla.

El sabio, el artista, el poeta, dan una labor más considerable que sus conciudadanos.

Emplean el mismo tiempo en los grupos normales encargados de producir los géneros alimenticios, y además suministran un trabajo suplementario consagrado á su producción especial (2).

(1) Puede ser cierto lo que dice el Sr. Naquet en este caso, pero nadie puede dudar que los favores que se hacen inconscientemente, así á la sociedad como al individuo, carecen de buena ventura, que es de lo que aquí se trata. Si yo estoy en una casa ardiendo y con riesgo de mi vida salvo la de un niño á punto de parecer carbonizado, hago mejor obra que la de aquel que ha evitado el incendio, porque, sin darse cuenta, puso el pie encima de la chispa que había de originarlo. Esta es la cuestión.—(N. de la R.)

(2) Repetimos lo de antes. Ningún anarquista quiere que en su sociedad haya dos clases de obreros: los intelectuales y los manuales; queremos que haya hombres, únicamente hombres, que se dediquen al trabajo manual cuando notes demasiado en

Menos mal, si éste estuviera estrictamente limitado á la creación artística ó científica. Pero no. Deben afiliarse á grupos de tipógrafos, de conductores de rotativas, de encuadernadores y hasta de fabricantes de papel, porque no tendrán nadie para hacer todos estos trabajos.

Pintores y escultores estarán obligados á preparar sus telas, á diluir sus colores, á reunir pelos de tejón para hacer pinceles, á afilar sus buriles y hasta vaciar el bronce ó extraer el mármol de la cantera.

¿Qué más tendrían que hacer? ¿Qué tiempo les quedaría para la investigación científica ó la producción del arte?

Kropotkine admite para un productor intelectual la posibilidad de sustraerse á la labor común, si juzgándole más útil que muchos de sus compañeros de taller, consienten éstos en substituirle en su tarea.

Algo así como era antes el reemplazo militar (1).

Es posible que un gran hombre logre emanciparse con la realización de un importante descubrimiento. Pasteur lo habría conseguido después de haber encontrado el suero antirrábico, pero no antes; y si los dos tercios de su vida los hubiese empleado en aventar trigo ó en cultivar lentejas, ¿se hubiera conseguido el virus contra la rabia?

Lo que impresiona á las masas (y yo incluyo en éstas á las clases instruídas y á las que no lo son), es menos el valor intrínseco de un trabajo científico que su inmediata utilidad aparente. Se entusiasman cuando encuentran una aplicación práctica importante, industrial ó médica.

Pero las lentas y pacientes investigaciones del espíritu, sin las cuales no se realizaría nunca la aplicación práctica, y que contribuyen á agrandar el horizonte humano, éstas les dejan indiferentes.

Los estudios de Pasteur acerca de los fenómenos de polarización rotatoria, son quizás más bellos que los de la microbiología, y probablemente nadie los conoce fuera de los profesionales.

La solución de Kropotkine no es, pues, una, y se desprende que el naturalista, el escritor y el artista, deben su parte de labor común, dedicándose luego, si les acomoda, á una labor suplementaria mientras que los demás descansan ó se dedican al amor.

Comprendo lo que querrá decirme el teórico anarquista. Contestará que hay consumo de todo género, siendo el más vivo de todos el goce intelectual que resulta de la investigación y descubrimiento de lo verdadero. El que lo experimenta, tiene un consumo de lujo, y si la toma en montón responde á las necesidades de la vida, no se ocupa de otra cosa.

En precedentes artículos he repetido este argumento, señalando la desigualdad que ha de resultar forzosamente de una organización de esta índole.

Esta consideración no bastaría, sin embargo, á condenarla.

No soy enemigo de desigualdades sociales. Hasta las creo útiles; y el mismo Kropotkine participa de mi modo de ser en este punto, cuando escribe:

«Como todos los hombres ni pueden ni deben parecerse, porque variedad de gustos y de necesidades es la principal garantía del progreso de la humanidad, habrá siempre, y

el espíritu, y el trabajo del espíritu cuando entiendan que sus intereses se han comido. Vida integral para todo el mundo, que aun cuando no todos hayamos nacido para ser grandes químicos ó grandes médicos, todos tenemos nuestro cerebelo capaz de hacer algo útil.—(N. de la R.)

(1) Ni Kropotkine ni nadie quiere eso; lo que debe querer Kropotkine, porque es de sentido común, es que cuando una clase de trabajo haga más falta que otra, se empleen más actividades en ella.—(N. de la R.)

es de desear que haya siempre, hombres y mujeres cuyas necesidades estén por encima de la media en cualquier sentido» (1).

Desgraciadamente se trata aquí de un interés social de primer orden.

Un Lavoisier ó un Gerhart, es en dignidad igual, simplemente igual, á un gañán. Ambos son hombres, y la dignidad es innata á la cualidad de hombre.

Pero los trabajadores son inmunerables, mientras que se encuentra un Lavoisier en un siglo.

«Las funciones son proporcionales á los destinos», decía Fourier, es posible que con razón. Y así se explicaría la rareza de los hombres de genio.

Estos serían instrumentos excepcionales y delicados, que en pequeño número bastarían para guiar y educar las sociedades. Cierto es que no abundan, y que por esto, por esto mismo, se les ha de rodear de todos cuidados como se cuida una mercancía rara. No cuidamos un esmalte como un objeto vulgar de alfarería, ni podemos tratar á Newton como á un betunero (2).

Saint-Simón publicó en tiempo de la restauración una parábola humorística que le valió algunos meses de cárcel.

Suponía á Francia privada bruscamente, por la muerte, de tres de sus primeros escultores, de tres de sus mejores pintores, de tres de sus primeros literatos, etc., y pintaba el dolor de un país tan mermado en su expansión y en su poderío.

Luego suponía la muerte, no de estos hombres ilustres, sino la del rey, de la reina, del duque de Berry, del duque de Angulema y después de manifestar el sentimiento que él y todo el país sentirían por la desaparición de tan buenos franceses, añadía que el sentimiento no llegaría al mismo grado que en el caso anterior, porque la nación no habría sido mermada por esto.

«¿Cuánta gente, decía él, hay tan capaz de reinar como S. M. Carlos X?... ¿Cuántos hombres aptos para desempeñar el papel de los duques de Berry ó de Angulema? ¿Cuántas mujeres ocuparían con igual esplendor el rango de *madama Royale!*»

En lugar de los individuos de la familia real, incluida en esta parábola á los obreros, y conservaba toda su oportunidad.

Abd-el-Kader era un bárbaro: á pesar de esto tenía tal respeto á la ciencia, que perdonaba su crimen á todo hombre reputado por su saber. No se atrevía á romper este vaso de elección, considerándolo como demasiado precioso.

III

Por consiguiente, se pierde el tiempo cuando Faraday se unce á un arado; cuando Ampere poda árboles, cuando Berrelins arranca patatas ó cuando Wurtz ó Berthelot componen sus propias obras ó fabrican los instrumentos de precisión que necesitan para el ogo de sus experimentos.

No hay para qué despreciar la obra del tipógrafo ó del óptico.

Coliot, construyendo sus admirables balanzas que oscilan medio miligramo con una carga de muchos kilogramos; Alberguat, soplando ó haciendo aparatos de cristal que salen de sus dedos como de los de una hada; el impresor que imprime libros, memorias é

(1) Claro, por encima de la media, en cualquier sentido, lo que no es lo mismo que decir es todas las cosas. Uno puede estar por encima de otro en un trabajo determinado y estar por debajo de los demás en otros quehaceres. Esto decimos los sociólogos y en ello fundamos el progreso, la armonía y la utilidad de todas las criaturas.—(N. de la R.)

(2) Como si los betuneros no pudieran ser hábiles en otras profesiones, y como si el betunero no fuese una profesión profundamente social, es decir, un producto de la sociedad que divide á sus miembros en profesiones más ó menos honrosas.—(N. de la R.)

informes del sabio; el profesor que los vulgariza, aportando á la ciencia una contribución igual á la del mismo sabio.

Quitad á Alberguat y á Collot, que representan una función especial, y Galileo resultaría estéril y Gay-Lussac improductivo.

Si relaciono á Collot con Galileo y á Alberguat con Gay-Lussac, no quiero dar á entender con esto que las disposiciones de estos hombres sean idénticas.

Collot, sustituyendo á Lavoisier, no hubiera probablemente encontrado jamás el papel del oxígeno en la Naturaleza, como tampoco Lavoisier, según todas las apariencias, hubiera tenido menos habilidad en el trabajo de vidrio y en la construcción de balanzas.

No se hubiera desperdiciado solamente el tiempo del sabio, sino también el del artista.

Resultado: producción imperfecta, disminución de la energía social.

IV

La cuestión del lujo es casi de la misma naturaleza, aunque menos chocante.

Kropotkine no declama contra el consumo suntuario, porque es demasiado inteligente para no hacerse cargo del papel social.

No obstante, escribe lo siguiente:

«Confieso francamente que cuando pienso en los abismos de miseria y sufrimiento que nos rodean; cuando oigo los gritos atronadores de obreros que recorren las calles en demanda de trabajo, me repugna tratar esta cuestión. Como se hará en una sociedad donde todos coman lo que necesiten, para satisfacer tal persona su deseo de poseer una porcelana de Sevre ó un vestido de terciopelo.

»Por toda respuesta estoy tentado á contestar: aseguremos desde luego el pan; luego vendrán la porcelana y el terciopelo.»

No cabe, como convendrá todo hombre de buena fe, el compadecerse del vanidosol que sacrifica por un *bibelot* la vida de cien personas; pero el lujo tiene una función social, en la que todos debemos interesarnos, y por la que Kropotkine se interesa también en el pasaje sobre la utilidad de la variedad de gustos, antes citado.

Esta función social es la misma que la de la ciencia y del arte. Es el progreso.

Leed *Soris*, que vive en el estado salvaje, comiendo la carne cruda de los animales, se rinde persiguiéndoles á la carrera, y que es tan salvaje como ellos, no va en busca de la porcelana de China ni del mantón de seda, ni tampoco posee loza común para la cocción de sus alimentos, y hasta ignora lo que es vestirse.

Así sucedió, seguramente, en todos nuestros antecesores de las edades prehistóricas.

Si todos nos vestimos hoy en día y si todos hacemos cocer nuestros alimentos en ollas de barro ó de metal, es porque hubo un tiempo en que hubo gente que se distinguió de los demás por gustos más refinados, ó porque un ama de casa tuvo la idea de someter la carne á la acción del fuego antes de comerla, y con este fin descubrió la manera de modelar la arcilla.

Esta acción del lujo no ha quedado estacionaria en las edades prehistóricas.

La prehistoria había cedido desde hacía tiempo el puesto á la historia, cuando se inventó el modesto dedal de coser, que protege los dedos de las modestas obreras del panadizo.

Probablemente fué alguna rica castellana la que primero utilizó este instrumento, inaccesible en un principio á la masa en las pobres mujeres dedicadas á los trabajos de

aguja. Es de presumir que las costuras actuales estarían privadas de dedal, si no hubieran protestado contra los gustos lujosos de la noble señora, horrorizada ante la idea de pincharse la yema del índice.

Y como el dedal favorece el trabajo, haciéndolo más rápido, privadas de él se priva indirectamente de un pedazo de pan. Y así lo demás.

No hay objeto indispensable a la existencia que no haya sido objeto de lujo en sus principios y que tal vez no conociéramos, si antes el lujo no lo hubiera aclimatado ó dado á conocer en nuestra sociedad (1).

Y no insisto sobre este particular, porque traté de ello extensamente en los *Temps Futurs*, á los que me permito remitir al lector.

Sin embargo, hay una consideración en la que quiero insistir.

Lo que designamos con el nombre de progreso, es la vida misma de la especie.

Luego es ley de toda evolución viviente que un organismo no quede nunca estacionario. Así que cesa de crecer, decrece.

Si, pues, constituimos las sociedades humanas sobre una base de la que se destierre el progreso, empezaría en seguida la decadencia.

Algunas veces está uno tentado á creer al desenvolvimiento actual como suficiente; es decir, que se debe considerar hoy la realización de las nuevas conquistas, de manera que todos los hombres participen de las riquezas intelectuales ó materiales que poseemos.

«No se trata en este momento de acumular verdades y descubrimientos científicos, dice Kropotkine. Importa, ante todo, divulgar las verdades adquiridas por la ciencia, hacerlas entrar en la sociedad y convertirlas en dominio común. Importa obrar de manera que todos, la humanidad actual, sea capaz de asimilárselos y aplicarlos; que la ciencia cese de ser un lujo (2) y sea la base de la vida de todo. Así lo quiere la justicia» (3).

Pues bien, no. La justicia no lo quiere así, porque ella no quiere nada perjudicial á la sociedad.

Exige, sin duda, que todos los hombres tengan la facultad de amoldar la inteligencia. Enseña que el conocimiento de las leyes que rigen los mundos debe ser accesible á todos. Pero no nos obliga á detenernos en toda investigación hasta este límite.

En materia científica habrá desigualdades mientras la humanidad permanezca en su fase ascendente. Una idea nueva no nace á la vez en todos los cerebros; tiene su origen en uno de ellos, y de él se divulga á los otros. Por rápido que sea, la onda de difusión exige cierto tiempo, y de ahí una necesaria desigualdad entre el que concibe la idea y el último de los que la reciben.

En nuestros días se opera esta difusión: nadie duda ahora del sistema de Tolomeo ni se imagina que la tierra tenga la forma de un queso. Pero esta difusión es lenta, aunque mucho menos que antes. El socialismo tiene la misión de aumentar esta velocidad, pero no la de hacerla instantánea.

(1) La palabra lujo podria suplirse aqui por la de la necesidad ó la del amor. La necesidad es la madre de muchos inventos, y el amor de otros tantos. Si á ello se le quiere llamar lujo del alma, por los amarquesitos no ha de quedar.

Se cuenta que un obrero en metallos fué el inventor del dedal. Habiendo un día con su esposa, que estaba cosiendo, se hundió la aguja en el dedo. A los tres días su amante le regalaba un dedal para que no se pinchara.—(N. de la R.)

(2) Todo ello es de sentido común. Aquí Naquet no hace más que atribuir á los amarquesitos lo que nunca han dicho ni podrian decir. Por esa misma razon Naquet, Kropotkine aplican la palabra justicia en sentido social y humano, y da el nombre de ciencia de lujo á la que sólo sirve á los ricos, porque los pobres no tienen elementos para utilizarla. Lo demás es poder á tiempo haciendo fines é inventando conceptos para darselos al placer de combatirlos.—(N. de la R.)

(3) *Palabras de un rebelde.*

Si tenemos la desgracia de reemplazar universalmente la investigación por la vulgarización, y si paralizamos la fabricación de objetos de lujo con el pretexto de que todo el mundo no puede disfrutar de ellos, no tardará en venir la decadencia humana.

He aquí por qué me intereso por la porcelana de Sevre y por el tejido de terciopelo.

Tiempo vendrá en que todo el mundo comerá en platos artísticos y podrá vestirse de terciopelo, si así le place.

Pero esto no es posible, sino con una condición: que desde ahora haya terciopelo y porcelana de Sevre.

Estoy, pues, obligado á preguntar cómo las necesidades del lujo se verán satisfechas en una sociedad comunista, desde que ellos implican una condición esencial de progreso, y desde luego cuestión es esta que en nada cede á la del pan.

Alfredo Naquet.

LA SOCIEDAD PODRIDA

Aunque siempre se cambian los personajes y la decoración, la historia humana sigue á través de los siglos la lucha ininterrumpida del inmortal espíritu de libertad, y la autoridad está pronta también á renacer bajo cualquiera forma nueva, hasta cuando parece definitivamente derribada.

Hoy, como en las sociedades antiguas, las minorías revolucionarias que piensan y que obran, tienen que luchar á la vez contra el despotismo de las oligarquías nobiliarias ó burguesas, militares ó financieras, sacerdotales ó burocráticas, y contra la inercia de la masa inmensa de los desheredados. Hoy, como entonces, las condiciones ambientales y morales influyen sobre el desarrollo de la lucha.

Por tal motivo, sin ir á buscar modelos ó inspiraciones en el pasado, lo que sería una tontería, se puede meditar lo que fué este pasado.

El período histórico conocido que más se asemeja al de hoy, es la caída de la sociedad romana. Esa sociedad, edificada por esclavos, fugitivos y ladrones, luego convertida en la más tiránica y la más ferozmente propietaria, había logrado conquistar el mundo é imponerle sus leyes. Para entretener la gloria y la opulencia del patriciado romano, un pueblo inmenso de esclavos trabajaba, sufría y moría de pena.

La plebe romana, tan despreciada por aquel patriciado y que durante siglos luchó contra él, como en la sociedad medioeval tuvo la burguesía que luchar contra la nobleza, y como hoy la parte organizada del proletariado lucha contra la burguesía, nunca había pensado que sus intereses pudiesen estar conformes con los intereses de los esclavos. Estos eran considerados como irremediabilmente caídos y fuera de la humanidad lo mismo que las bestias de carga: un abismo de prejuicios les separaba unos de otros, y mientras que en sus momentos de gran peligro los patricios gobernantes no dudaron en alistar á los esclavos, los proletarios, en sus luchas más encarnizadas contra la casta privilegiada, hubiéranse sonrojado de llamar en su ayuda á la clase servil.

Sentimiento de desprecio hacia esa clase infortunada, análogo al de los burgueses de la Edad Media que, mientras combatía á los señores, no se dignaba considerar á los siervos como sus iguales, como sus aliados naturales, ó siquiera posibles. Sentimiento de desprecio—que es muy triste comprobarlo—se nota al menos en los países de gran industria, en los obreros de ciertas profesiones de lujo ó arte, que ganan bastante bien la vida y son casi burgueses, hacia los menos favorecidos, inorganizados ó mal organizados, que con duras fatigas pueden procurarse apenas un pedazo de pan, un andrajo y un tabuco.

Es verdad que en ciertos países, como la India, la casta inferior era al principio más que una aglomeración étnica una división social, una raza primitiva, ignorante, salvaje, hasta pareciendo confinar á la animalidad subyugada por una raza invasora más desarrollada. Se ha comprobado que entre los *soudras*, es decir, entre los de la última casta (los *parias* que eran más repudiados de otras castas que una casta propia), se encontraba

con frecuencia el tipo moreno y hasta negrito, mientras que el tipo de los invasores aryas se mostraba en las castas *superiores* de los *brahmanes* (sacerdotes) y *khatrias* (guerreros.)

Lo mismo se ha dicho que la antigua población romana estaba constituida por dos razas diferentes, una autóctona y más abrupta, otra de origen asiático y más sutil, más afinada, que constituyeron la casta plebeya y la casta patricia. De todos modos, es seguro que las causas étnicas han influido muchísimo en la constitución de las castas.

Pero los esclavos en la sociedad romana no eran hijos de cualquiera raza inferior. Eran presos de guerra, hombres libres de otros países que la fortuna traidora había llevado cautivos á las manos de los vencedores. Muchas veces eran más inteligentes y afiados que los proletarios romanos, y se necesitó siglos de educación servil, siglos de miseria moral para producir generaciones de *esclavos nacidos*, corrompidos por los vicios de sus amos, incapaces de ser rebeldes, y por consecuencia, indignos de la libertad.

En todo tiempo, la obra de desmoralización de los desheredados fué la principal preocupación de los gobiernos y de las castas directoras. Para rendir á los plebeyos y hacer imposibles nuevas luchas y guerras sociales, los amos lograron inculcarles este espíritu de inconsciencia perezosa y feroz que llevaba la muchedumbre á pedir *panem et circenses*, olvidando todo el resto. Y como se había desmoralizado la plebe, se desmoralizaron también los esclavos. Educados en la servidumbre como animales domésticos, resultaron incapaces de las sublimes rebeldías de un Espartaco, de los Eunus y Athenion.

De modo que sucedió el hecho extraño y doloroso de que cuando el espíritu de revuelta, engendrado y sostenido por aquellos heroicos rebeldes aunque vencidos, hubo afirmado, frente á una sociedad implacable, los derechos del hombre, dos mil años antes de la revolución francesa: cuando la masa inmensa de los esclavos, siendo en cierto modo unificada en la dominación universal de Roma, parecía que hubiera bastado una palabra ó una señal para hacer correr la chispa de la revuelta de las Islas Británicas á la Persia y de la Galia Bélgica á los desiertos africanos; esa masa esclava había venido á ser demasiado servil en sus costumbres y en sus ideas para sacudir el yugo. Y el cristianismo, empezado en movimiento de honra revolución proletaria, social y comunista, pronto desnaturalizado por los oportunistas, los *arrivistas* y doctrinarios, se transformó insensiblemente en una revolución solamente religiosa, es decir, en un montón de extravagancias que venían á reemplazar las extravagancias del paganismo.

Falta de un elemento sano en esta sociedad pútrida, donde se glorificaba bajo cualquiera forma la prostitución ante la fuerza, donde los vicios decadentes habían debilitado las energías, la obra de regeneración no pudo cumplirse. Y cuando llegaron los bárbaros barri-ndo toda esa podredumbre de sociedad, fué un retroceso de mil años para la humanidad.

Hoy también las clases dominantes en los países de gran industrialismo como Inglaterra, Alemania y Francia, por no hablar de los Estados Unidos, han gangrenado al pueblo. La plaga alcohólica, acrecentada por las condiciones de vida en el taller y fuera del taller, las corridas, los juegos de suerte, el desaliento causado por las continuas traiciones de los charlatanes políticos, han hecho de los descendientes de los vencedores de la Bastilla, de los combatientes de 1830, 1848 y 1871, un pueblo que parece realmente incapaz de realizar en hechos por su propia energía las ideas diseminadas desde un siglo.

Las burgueses han desvirilizado á tal pueblo y ese es su mayor crimen.

¿Se necesitará que cualquier formidable choque étnico, semejante al choque de los bárbaros invasores del mundo romano, venga de fuera á destruir una sociedad que los proletarios no tienen fuerza material y moral suficiente para destruir desde dentro? ¿Se necesitará que cualquier diluvio de millones y millones de cosacos medio salvajes, teniendo la ignorancia y la brutalidad, pero también la fuerza de pasión de la barbarie, vengan á inocular una sangre nueva en las venas de lo que llaman el Occidente podrido?

Ya he tenido ocasión de decirlo, y con esa idea se mostraba recientemente conforme nuestro amigo Nacht, sólo dos pueblos aparecen hoy en nuestra Europa industrializada, capaces de energía y de pasión: Rusia y España.

Aún se conserva allá alguna virginidad de sentimiento. Subsiste en España, se despierta en Rusia el espíritu de revuelta, este talismán inmortal sin el cual nunca hubiera salido la humanidad de la hlera de los animales inconscientes.

Que nunca nuestros amigos de España permitan que nuestras ideas claras, generosas y viriles sean sofisticadas por decadentes literatos, anarquistas de salón ó burgueses pseudo-filántropos, y que dicen que la primera virtud revolucionaria es de contar sólo con sí mismo.

C. Malato.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Cantona: Descubrimiento de una ciudad prehistórica en Méjico:—La captación de la electricidad interplanetaria: un proyecto yanqui: sus consecuencias revolucionarias.

En las montañas de Juan de los Llanos, á unos 300 kilómetros de Méjico, el Dr. León Nicholas, antropólogo y etnólogo bien conocido en el Museo Nacional de Méjico, acaba de descubrir las ruinas de una ciudad, cuya antigüedad es mucho más remota que todo lo descubierto en aquel país tan rico en reliquias de una civilización desaparecida y de la cual se tienen escasos conocimientos.

Las ruinas, en que se adivinan restos de palacios, de torres, de fosos y de obras de fortificación, cubren sin interrupción una extensión territorial de 20 kilómetros de largo por 12 de ancho, lo que permite suponer que su población en el periodo de su apogeo llegaría á un millón de habitantes.

Tan importante descubrimiento lo hizo el Dr. Nicholas conduciendo una expedición científica á través de las regiones solitarias al Sur de la aldea Tepeyahualco. En un momento dado fijó su atención algo que le parecía una muralla arruinada. Excavaciones rápidas le demostraron que no se equivocaba, y siguiendo aquellas ruinas durante cierto tiempo, halló una pirámide de dimensiones colosales rodeada de plataformas de mampostería.

Continuando sus exploraciones, reconoció que el enorme espacio antes indicado estaba cubierto de ruinas, de templos, ostentando extraños jeroglíficos, entre cuyas figuras abunda una tortuga de fragmentos enormes de granito alisados por las sandalias de generaciones desaparecidas, pirámides, ídolos caídos y rotos, todo envuelto por el polvo de los siglos.

En algunos bajo-relieves se ven representadas escenas religiosas y populares; las figuras indican que los habitantes de aquella ciudad perdida eran de la misma raza que los que edificaron las antiguas ciudades de Méjico y Yucatán, siendo de notar la semejanza que parece existir exteriormente entre aquellos prehistóricos desconocidos y los antiguos egipcios.

Las maravillas imaginarias de Julio Verne, contenidas en su libro *De la Tierra á la Luna*, van á ser excedidas pronto en la práctica. Un americano, M. Whitney, tiene un proyecto, para el cual se ha formado una Compañía con un capital monstruo, que para un experimento necesario ha entregado ya al inventor 500.000 francos.

Se trata sencillamente de dirigirse al espacio interplanetario á buscar la energía eléctrica, cuya producción en la superficie terrestre es tan costosa, y que allá, según los principales físicos modernos, se halla almacenada en cantidades infinitas.

Piensa M. Whitney que á una altura de 500 kilómetros, muy por encima de los confines de la atmósfera, se alcanzará ese inmenso acumulador, y que bastará unirle con una estación terrestre por un conductor cualquiera, una cadena por ejemplo, para suministrar á la tierra toda la cantidad de electricidad necesaria á sus necesidades en forma de calor, luz y fuerza motriz.

Aunque el proyecto parezca una especie de sueño científico, se trata de una realidad que tiene ya un principio de ejecución, puesto que en un terreno adquirido por la Compañía promotora en las inmediaciones de Chicago, se ha dado ya principio á los trabajos, y el inventor declara con el tono de una confianza absoluta, que dentro de algunos meses podrá sustraer al espacio infinito 150.000 caballos de fuerza, cantidad igual á la que produce la catarata del Niágara.

M. Whitney no ha juzgado aún conveniente dar más detalles sobre su proyecto, que ha privilegiado en diez y siete países. Para comenzar se propone construir una torre ó una escala, como él la llama, que se elevará muy por encima del límite atmosférico, el cual se evaluaba hace algunos años á 70 ú 80 kilómetros, y que en opinión de los sabios modernos, no pasa de 30. Ese límite, que alcanza su máximo en el Ecuador, es, según M. Whitney, de unos 25 kilómetros sobre Chicago y mucho menor en las latitudes septentrionales, donde en muchos puntos no excederá de 7 kilómetros.

Evidentemente, el plan del inventor comprende alguna construcción estable y permanente que exceda algunos kilómetros del límite atmosférico; habla de una escala, pero, ¿cómo construirla? Eso es lo que se reserva, contentándose con afirmar que la construcción tendrá 30 kilómetros, ó más, si es necesario; es decir, será como cien torres Eiffel superpuestas, ó como seis veces y media el Mont-Blanc. En el estado actual de nuestros conocimientos, no se vislumbra la posibilidad de llevar á término la tarea, y sin querer recuerda uno aquella escala de Jacob de que habla la Biblia.

La temperatura que existirá en aquella altura puede juzgarse por este dato: el *record* en el *sport* de la elevación, lo tiene Benson, de Berlín, que subió en globo á la altura de 8.710 metros. Un globo provisto de aparatos de observación meteorológica que se elevó una vez á 15.000 metros alcanzó el *mínimum* del termómetro.

Del extremo de esta escala penderá un cable de cobre, guarnecido de bolas á trechos de 1.500 metros, siendo la longitud total la necesaria para llegar á la línea en que cesa la atracción de la tierra.

Como nuestros lectores saben, la atracción de gravedad de la tierra decrece en razón del cuadrado de la distancia, hasta que, llegando á cierto punto, el peso no existe y más allá la atracción se produce en dirección inversa de la de la tierra; pues M. Whitney declara que el aparato de que piensa servirse para recoger la electricidad interplanetaria pesará 5.000 toneladas en el suelo, y se trata de exceder convenientemente aquel *punto muerto* para que el aparato obtenga una atracción opuesta al centro de la tierra, suficiente para sostenerse como un globo cautivo que sostiene su cable; por supuesto que el plan del aparato entrará en el plano de la órbita lunar.

Las reservas del inventor y de sus asociados nos dejan absortos ante el cúmulo de dificultades que el proyecto suscita... y sin embargo, hemos de decir *quién sabe*; hasta sabemos que la palabra *imposible* no es científica, y nos consolamos por el pronto imaginando lo que diría un sesudo contemporáneo de la toma de la Bastilla si resucitase en nuestros días.

¡Qué revolución tan estupenda supone la realización de tal proyecto!

Conocida es la admirable empresa que «ha sometido el Niágara al yugo», pues el número de caballos de fuerza producido por las dos grandes estaciones de ambas orillas, la americana y la canadiense, es exactamente el mismo que M. Whitney cuenta obtener de su proyecto, 150.000. Bastará una cincuentena de esas escalas distribuidas convenientemente sobre la superficie del globo para suministrar á la humanidad luz, calor, fuerza motriz, etc., de sobra, á un precio infinitesimal.

¡No más carbón, y por consecuencia, no más mineros! Miles y miles de hombres que por un miserable jornal descienden á las profundidades de la tierra para arrancarla, corriendo los más graves peligros, el pan de la industria, quedarán emancipados de golpe; otro tanto sucederá con los innumerables maquinistas y fogoneros, en tanto que los métodos industriales serán trastornados por completo.

¡Pero, dirán los compasivos ó los hipócritas, esos pobres jornaleros perderán su modo de vivir! Sí, lo mismo que los accionistas de las Compañías mineras é industriales. Tranquílicense esos sentimentales, verdaderos ó fingidos. Con transformación tan poderosa se establecerá de una vez el equilibrio social que durante tantos siglos ha sido imposibilitado por la religión, por la autoridad y por la apropiación fraudulenta, fundándose una sociedad en que haya empleo para todas las inteligencias y todas las energías y una distribución equitativa de los productos de esas inteligencias y de esas energías.

Jarrida del Mármol.

